

Historia, ciencia y sistemas urbanos:



*las "inversiones de perspectiva"
en la obra de Bernard Lepetit*

Roberto Narváez de Aguirre

Universidad Nacional Autónoma de México



La revista francesa *Annales* está próxima a cumplir tres cuartos de siglo de haber sido fundada y debatida en torno a la necesaria renovación de los estudios históricos que le dio origen no muestra visos de un pronto agotamiento.¹ Antes bien, nunca como en los últimos treinta años se ha multiplicado tanto, por lo menos en Occidente, la producción de obras concebidas y elaboradas según el rigor que el "paradigma" historiográfico francés estima determinante.² En Italia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y otros países, a una de

1. Sobre la historia de esta publicación, sus cambios de nombre y los consensos y críticas a que ha dado lugar véase Fevre, Lucien, *Comptes pour la historia*, Ariel, Barcelona, 1970; Braudel, Fernand, *Escritos sobre historia*, FCE, México, 1991; Steinhilber, Traian, *French Historical Methods: The Annales Paradigm* (with a foreword by Fernand Braudel), Cornell University Press, Ithaca & London, 1976; Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa: La Escuela de los Annales 1929-1989*, Gedisa, Barcelona, 1993; Gogers, George G., *New Directions in European Historiography*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1987; pp. 237-3. Burguière, André, "Annales (Escuela de los)", en Burguière, André (director) *Diccionario de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid, 1991, pp. 32-39; Martin, Guy Bourgeois-Héve, *Las escuelas históricas*, Akal, Madrid 1992 (capítulos IX y X); Huppert, George "The Annales Experiment" en Bentley, Michael (editor) *Companion to Historiography*, Routledge, London & New York, 1997, pp. 873-888.

2. El autor que con mayor ahínco ha subrayado la responsabilidad de *Annales* en la confirmación de un paradigma historiográfico de vanguardia ha sido Steinhilber, op. cit. Empero, es necesario comprender que la aplicación de este concepto a un ámbito que no sea el de los practicantes de las ciencias naturales -- como hiciera orgánicamente el historiador de la ciencia que lo desarrolló, Thomas Kuhn -- no se puede llevar a cabo sin ser los contrastes analíticos, los cuales generalmente desembocan en severas confusiones. Véase al respecto Noë, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*, Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid, 1997, p. 62, especialmente la nota 24 a pie. En cuanto a los dichos congresos de Kuhn, véase *The Structure of Scientific Revolutions*, The University of Chicago Press, Chicago, 1970, 2ª edición, y *The Essential Tension: Selected Studies in Scientific Thought*, The University of Chicago Press, Chicago, 1977, pp. 293-319.

signación teórica general de los objetivos en cuya persecución se llamaba a emprender la tarea ha correspondido, en la hechura de cada artículo o de cada libro, un despliegue notable de imaginación en la elección temática y las soluciones metodológicas para sacar adelante el proyecto primigenio. Y cuando uno aborrea críticamente toda esa producción, se encuentra dispuesto, en breve, a no negar lo fundamental de un dato del juicio, a saber: que el debate actual de la historiografía adquiere su sentido más profundo sólo cuando lo ubicamos como una parte integral del debate de la ciencia. Es conveniente para los historiadores apreciar la justeza de un reconocimiento semejante; en efecto, puesto que ellos, después de la crisis de fundamentos y legitimidad en que se hundió su disciplina a principios del siglo XX,³ han organizado la misión de salvamento empezando por la redefinición de su objeto, *no por lo que es o tiene que ser y el anuncio de su destino eventual o calculado* —proposición de evidente raíz filosófica en clave de teleología—, *sino por cómo es creado por el mismo estudioso en el transcurso de su faena inquisitiva*,⁴ la historia, aunque no alcanza tan deseado estatus de ciencia, se torna, no obstante, en una cuestión de filosofía científica dado que sus argumentos, por su nueva forma, son susceptibles de aproba-

ción según criterios iguales a los que se aplican en el examen de argumentos generados en investigaciones comúnmente aceptadas como científicas.

Debemos subrayar un hecho comprobado con frecuencia en la así llamada historiografía de vanguardia: el estilo de la exposición, tanto como el contenido de lo que es expuesto, han cambiado radicalmente. Es a propósito de la génesis de este contenido que existen dificultades —filosóficas, eminentemente— para que la historia se transforme en una ciencia “propiamente dicha”; pues al trabajar sobre un objeto construido, y no dado, como ocurre en las ciencias naturales (distinción que, por lo demás, nunca ha asumido tajantemente la filosofía de la ciencia), el problema del conocimiento al que se enfrenta da lugar a discusiones epistemológicas de las que no se puede esperar acuerdo alguno, hecho que explica la inseguridad constante de los historiadores cuando intentan justificar la calidad lógica de sus asertos. Así, de la inestabilidad de los principios epistemológicos se desprenden obstáculos para erigir una metodología firme.

No extraña, pues, que las polémicas sobre la concepción del empirismo y el racionalismo en ciencias sociales y en historia sean tensas e intrincadas. Desde luego, tal ambiente de incertidumbre y ansiedad se respira desde hace décadas, antes incluso de 1900, cuando historiadores, lingüistas y sociólogos planearon elevar sus disciplinas al rango de ciencias, incapaces de concebir por ciencia otra cosa que el modelo nomológico de explicación característico de las ciencias naturales, lo cual es comprensible, ya que tal modelo era prácticamente lo único que tenían a mano. A la postre, el éxito se repartió desigualmente: mientras que la historia decidió que no podía, conscientemente al menos, alzar los brazos con júbilo, la sociología y la lingüística sumaban victorias merced a los niveles de abstracción

que la peculiaridad de su objeto les permitía remontar y a que no requerían tomar en cuenta el factor tiempo en sus teorías.⁵ Pero, recordemos: ningún ensayo de contrastación entre las últimas potencias epistemológicas de dos grupos científicos (discernibles en *lo particular* según su objeto: *lo natural, lo social*), tiene como fin descalificar un intento por sistematizar conocimientos probables en favor de otro; la discriminación, en cambio, se propone de otra forma; no entre “lo que es ciencia” y “lo que no es ciencia”, sino —más responsablemente—, entre lo que puede ser probado y, por consiguiente, digno de sanción en tanto que objeto de ciencia, y lo que no. De donde se sigue que lo menos importante para un conocimiento es llamarlo histórico, físico, químico, biológico, etcétera; más bien, es su robustez informativa para la contrastación hipotética

y el grado justificable de su relevancia explicativa lo que otorga a un conocimiento la calificación más alta y su categoría como elemento definido de la ciencia.⁶

Ahora bien, es en el examen de una investigación, en marcha y ya consumada, donde se ha de atestiguar el modo en el que se produce un conocimiento y aislar el motivo por el cual su caracterización, tal y como la esbozamos líneas arriba, es, quizá, la más correcta.⁷ En una investigación histórica, por ejemplo, las dudas brotarán al instante, pues en ellas es imposible extender las pesquisas hasta cu mir ar en la formulación de leyes, pues, como ya hemos sugerido, el modelo hipotético-deductivo de las ciencias naturales sencillamente no se aviene con las cualidades de objeto histórico. Desde luego, muchos historiadores se han percatado ya de este problema

3. A propósito de esta cuestión revisar la totalidad de las obras citadas en la nota 1, pero, muy especialmente Febvre, *op. cit.*, y el ensayo de Braudel, “Las responsabilidades de la historia”, en *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, pp. 19-46.

4. Después de asimilar las enseñanzas de Bloch y Febvre, no hay un solo historiador que pueda decirse miembro de la corriente historiográfica representada por Annaires y negar a mismo tiempo, este enunciado. Un trazo o muy útil para comprender las dificultades teóricas que implica la construcción del objeto de la investigación es Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, *El oficio de sociólogo*, Siglo XX, México, 1999, 21ª edición.

5. Acerca de la confrontación entre sociología, lingüística e historia a propósito de un “proyecto intelectual” internacional del siglo xx, véase Revel, Jacques, “La historia y las ciencias sociales: una confrontación inestable”, en Lepetit, Bernard *et al.*, *Segundas Jornadas Braudelianas: Historia y ciencias sociales*, Instituto Mora/UNAM-Iztapalapa (Cuadernos de Secuencia), México, 1995, pp. 79-91, especialmente las páginas 80-85. Sobre una “inseguridad fundamental” en la que se construye el éxito de Annaires —dada una falta de correspondencia entre lo que sus primeros adeptos hubieran querido encontrar en la publicación (una doctrina, una teoría de la historia) y lo que encontraron de hecho (problemas metodológicos, cuestionamientos)— véase Burguière, “Annales (Escuela de los)”, *ibid.*, *cit.* Por último, una sugestiva explicación de por qué los debates metodológicos en ciencias sociales se ven en ser problemáticos puede encontrarse en un extracto de Karl Popper que David Miller tituló “Historiosmo” en su compilación *Popper: Escritos selectos*, FCE, México, 1995 (Sección de obras de filosofía), pp. 307-322, así mismo, a este respecto es de provecho leer las reflexiones de Bertrand Russell sobre los problemas de la “nueva filosofía de la física” —es decir, a filosofía que mandan los avances en física cuántica— en su obra *La perspectiva científica*, Anel, Barcelona, 1982, p. 71, y consultar a Sellén, Franco, *El debate de la física cuántica*, Alianza Universidad, Madrid, 1986, pp. 15-54.

6. Sobre la cuestión de la importancia teórica que resulta de aumentar los contenidos informativos en los enunciados hipotéticos, véase Miller

(compilador), *op. cit.*, p. 125. Richards, Stewart, *Filosofía y sociología de la ciencia*, Siglo XX, México, 1987, pp. 68-69 y 73 —en donde discute el principio de falsabilidad de Popper—; Lyotard, Jean-François, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1994, pp. 11-15 y 58-59 (ver éstas últimas el asunto de la exigencia de gramática para el saber científico en la época posmoderna, interesante en un debate sobre la cuestión de la narrativa en historia); Monod, Jacques, *El azar y la necesidad: Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Planeta/De Agostini, SA, Barcelona, 1993, p. 23 (ya mismo para juzgar de la importancia que el criterio científico del que hablamos tiene para distinguir a los seres vivos de los que no lo son, de acuerdo con el análisis de sus estructuras y procesos de germinación: según Monod, en la biología moderna el criterio de la cantidad presupone rangos o parámetros de medida cuyos resultados deben expresarse en ecuaciones) sobre la importancia de las definiciones operacionales para invocar procedimientos de contrastación; véase Hempel, Carl, *Filosofía de la ciencia natural*, Alianza Universidad, Madrid, 1973, pp. 131-132, y la totalidad de la obra si se quiere disfrutar de una excelente introducción a los problemas que la invención hipotética y la elaboración teórica suonen para todo científico.

7. Véase Hempel, *op. cit.*, pp. 28-77 y ss. y las críticas de Ludomir Geymonier a “método de los modelos”, como lo denomina —y que asocia, literalmente o no, a los nombres de Popper, Kuhn y Lakatos—, en su libro *Ciencia y realismo*, Pennsula, Barcelona, 1980, pp. 110-119 y 127.

epistemológico.⁸ La solución, entonces, habrá de buscarse en la metodología. Las vicisitudes historiográficas se duplican: no se trata solamente de vigilar a la teoría durante la construcción del objeto, hay que mantener el control de las variables mientras se manipula al instrumental analítico con el fin de neutralizar el riesgo de paradojas, círculos viciosos y otros defectos de la lógica en las conclusiones.⁹ Una vez terminado el texto, no sorprende ver que sus enunciados exhiben aproximadamente la forma de leyes probabilísticas, por cuanto reflejan el orden lógico de las aserciones de ese tipo.¹⁰ Mas no dar rienda suelta a la decepción, ocupémonos en aprender algo: como enseña Karl Popper, aquellos asertos que no son rigurosamente comprobables pueden todavía operar, en la ciencia, como estímulos para forjar problemas.¹¹ Y, como es sabido, Lucien Febvre, Fernand Braudel, Marc Bloch y otros historiadores expresaban constantemente que la clase de historia promovida por *Annales* era una "historia orientada por un problema".¹²

En la actualidad, como sabemos, la ciencia natural no para de acrecentar su campo de influencia y su vigor para el descubrimiento, fenómeno que por sí mismo atrae la atención filosófica. El asunto de la ima-

ginación teórica, por ejemplo, es uno de los más interesantes desde ese punto de vista, considerando las implicaciones epistemológicas que pueden derivarse de él. Al historiador no lo deja de impresionar abrumador, incluso; lejos estaba de sospechar que algún día cuestiones semejantes podrían concernirle— la definición que hombres como Popper, Carl Hempel, Imre Lakatos y Ludovico Geymonat dan de la teoría: una mera hipótesis que permanecerá hasta que otra, más poderosa, en tanto que mejor informada, se presente para el relevo.¹³ Esta faceta descolante del escenario intelectual contemporáneo ha inspirado la versión de que una "agonística general" marca los ritmos de avance en el ámbito del saber;¹⁴ en éste no hay proposición que se pueda considerar inocente, pura en sentido alguno, el tránsito por las rutas del intercambio académico es incómodo, las pulsiones nacionalistas suelen interferir en el desarrollo de disputas cuyas intenciones originales eran harto diferentes. Pero el historiador occidental ha aprendido que es inútil dejarse obnubilar por celos insensatos. Suspendiendo las inquietudes, a propósito de los respectivos orgullos patrios, se concentra en atacar los retos que la teoría y práctica de la interdisciplina le oponen.¹⁵ La problema-

tización de los métodos y objetivos a partir de este concepto, uno de los más caros a los investigadores formados en el espíritu de *Annales* constituye, sin duda, el motor de la investigación no sólo en historia, sino en muchas ciencias sociales o humanas.

Limitándonos al caso de la historia, no nos asombre, pues, el hecho de que su arsenal terminológico se haya fortalecido: estructura, coyuntura, condicional contrafáctico, morfología, semiótica, series de datos, etcétera, vocablos que en vano se buscarán en los índices de una obra histórica del positivismo más cerrado del siglo XIX.¹⁶ Sin embargo, la observación más importante que se debe hacer sobre la interdisciplina en ciencias sociales, es que ella impone la dimensión por la cual decimos que el debate de la historiografía está inscrito en y englobado por el debate de la ciencia. Gracias a la interdisciplina, la historia se ubica en el espacio

de la responsabilidad por el error; pensar, para los historiadores, significa ahora pensar en la inteligencia de la ciencia. Normalmente, el blanco de su actividad crítica se centra en los planteamientos; una vez que han localizado lo que, en su opinión, equivale a una falla teórica o de método en el exemplar historiográfico que tienen entre manos, invocan como condición necesaria para todo ensayo de rectificación sobre lo observado una "inversión de perspectiva";¹⁷ se trata de la sustitución de una construcción intelectual de ambiciones más o menos totalizantes por otra; o bien, de la reducción de una como simple caso particular de la otra—deducción lógica en investigaciones donde resulta justificado alterar la escala de observación—. A procedimientos similares, tendientes a emular los ejercicios de falsación hipotética, comunes en las ciencias nomológicas, deben su existencia corrien-

8. Caso de Bernard Lepetit, autor cuya obra inspira este ensayo.

9. No obstante que la discusión esté centrada en los problemas de la historiografía, creemos que han sido los sociólogos quienes mejor han reflexionado en torno al requisito de la "vigilancia epistemológica" en la investigación científica.

10. Sobre la distinción entre leyes de forma probabilística y leyes de forma universal, véase Hempel, *op. cit.*, pp. 92-102, y Miller (comprador), *op. cit.*, pp. 171-173.

11. En Miller (comprador), *op. cit.*, p. 171.

12. Sobre este punto, véase a la bibliografía citada en las tres primeras notas de este escrito: advétemos, sin embargo, que en nuestra opinión las obras de Febvre y Braudel son absolutamente fundamentales para encauzar la reflexión.

13. Véase Miller (comprador), *op. cit.*, p. 139; Hempel, *op. cit.*, p. 67; Lakatos,

Imre, *La metodología de los programas de investigación científica*, Alianza Universidad, Madrid, 1983, p. 10 (pero también a p. 125, acerca de la "tolerancia" que deberíamos mostrar a las "estratagemas ad hoc" tan repudadas por Popper, ya que según Lakatos, toda explicación es "un paso adelante" en la comprensión científica de la realidad); Geymonat, *op. cit.*, sobre todo a página 94, en donde contesta a crítica de Popper al convencionalismo.

14. Lyotard, *op. cit.*, p. 44.

15. Uno de los primeros científicos sociales en propugnar la investigación interdisciplinaria fue Emile Durkheim. Para él, la ciencia progresa a condición de adquirir un "carácter colectivo e impersonal". Véase Durkheim, Emile, *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 252.

16. Los historiadores de *Annales*, guiados sobre todo por Braudel, se sirvieron de los conceptos de estructura y coyuntura tornándolos de ciencia económica (Braudel, de hecho, configuró su teoría de la larga duración histórica partiendo de la reflexión de estos conceptos, véase su artículo "La larga duración" en *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, pp. 60-106 y las páginas introductorias al primer volumen de su última obra *La eternidad de Francia*, Gedisa, Barcelona, 1993, página 19 en especial); véase Burke, Peter, *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 50-60 e *Historia y teoría social*, Instituto Mora, México, 1997 (Colección Itinerarios), pp. 123-134. El empleo de condicionales contrafactuales en la investigación histórica comenzó gracias a las micrografías de algunos economistas agrupados en la que se suele llamar *New Economic History*, liderados por Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, una excelente introducción a los métodos de esta escuela se puede encontrar en Fogel, R. W., "The New Economic History, Its Findings and Methods", en Rowley, D. K. y J. O. Grafton, *Quantitative History*, The Dorsey Press, Homewood, Illinois, 1969, pp. 320-335 para ejemplos de aplicación, véase Temin, Peter (comp.), *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Alianza Universidad, Madrid, 1984. El problema de como manejar la información estadística en historiografía dio lugar al nacimiento y desarrollo de la "historia cuantitativa", muy practicada por historiadores dentro y fuera del círculo de *Annales*, véase

a respecto Burke, *Historia y teoría social*, *op. cit.*, pp. 46-52 y *La revolución historiográfica...*, *op. cit.*, pp. 57-67, y Lepetit, Bernard, "Historia cuantitativa: dos o tres cosas que sé de ella", en Tortolero Villaseñor, Alejandro (comp.), *Estudios históricos*, UAM-Iztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, 1994, vol. I, pp. 15-28. Las cuestiones de morfología y semiótica suelen ser discutidas por autores interesados en las "mentalidades", la microhistoria y la teoría de la historia de la lectura, véase el balance crítico de Roger Chartier introducido "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", en su libro *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992, pp. 13-44, y el artículo de Darrion, Robert, "Historia e intelectual y cultura", en *Historias*, México DF, núm. 19, octubre-marzo de 1988, pp. 41-56.

17. Sea, por ejemplo, la que propone Bernard Lepetit a propósito de su función en historia urbana, véanse sus ensayos "Historia cuantitativa", *loc. cit.*; "Comunidad ciudadana, territorio urbano y prácticas sociales" en Gortán, Hira de y Guillermo Zermeno (presentadores), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, Instituto Mora/CENACIESAJUNAMAJIA, México, 1996, pp. 23-34 y "La historia urbana en Francia: veinte años de investigaciones", en *Secuencia*, Instituto Mora, México, núm. 24, septiembre-diciembre de 1992, pp. 5-28.

tes historiográficas de ímpetu como son, por ejemplo, la microhistoria italiana,¹⁸ la historia del libro y de la lectura,¹⁹ y lo que en Francia Bernard Lepetit dio en llamar “nueva historia urbana”, tras redefinirla según propuestas teóricas y de modelización en las que trabajó hasta el final de sus días.²⁰

Creyentes, con E. P. Thompson, de que la historia es la ciencia de los procesos y del significado-en-el-contexto,²¹ los autores comprometidos con el avance de corrientes como las tres que hemos nombrado opinan que una investigación verdaderamente reflexiva y guiada conforme a los principios más útiles de la interdisciplina, amplía el horizonte intelectual y excita la imaginación del historiador hasta un grado en el que éste comprende la importancia de revisar sistemáticamente las nociones metodológicas y epistemológicas que tradicionalmente han gobernado su oficio, eliminando, ante todo, cualesquiera postulados funcionalistas o relativistas. En el fondo de esa comprensión reside una exigencia científica primordial: la de atreverse a formular hipótesis siempre más y mejor informadas, lo cual reclama, como obvia condición de posibilidad, que el pensamiento se complique, y de su ejecución deriva la proliferación de los discursos explicativos de la realidad histórica.

Ciertamente, la microhistoria y la historia de la lectura se desarrollan valiéndose de presupuestos teóricos similares, pero es el espíritu de complicación, por así llamarlo, nutre vigorosamente la robustez de dichos registros historiográficos: no disminuye en bríos cuando alimenta la ambición de la historia urbana: *crear un modelo de historia total*.²² Objetivo por excelencia en el proyecto de *Annales*, tocó a uno de sus colaboradores —Bernard Lepetit— sentar los principios, clarificar los conceptos y elaborar las hipótesis que dieron pábulo a una “inversión de la perspectiva” radical en historia urbana, codificada principalmente en los términos de una metódica discusión interdisciplinaria y de la idea de totalidad.²³ El resto de este ensayo está consagrado a la exposición y crítica de las líneas maestras que configuran a esta muestra historiográfica, así como al análisis pormenorizado de algunos estudios de caso en donde Lepetit aplicó los saberes y las habilidades que llegó a adquirir

II

Al enlazar la cuestión de la interdisciplina con aquella que se refiere a las condiciones de producción so-

cial del conocimiento y al modo en que se realiza la comunicación entre colegas, Lepetit reflexionó sobre la importancia de reconocer la existencia de tradiciones historiográficas dentro de las cuales se ha de inscribir todo aporte de investigación dependiendo de su tema.²⁴ Al tiempo que las coyunturas intelectuales cambian, el historiador aprende a concretar sus objetivos cuando aprovecha los avances teóricos y técnicos que la ciencia pone a su disposición. Y cuando vio su oportunidad, Lepetit supo apreciar el papel que el análisis estadístico de variables, la hermenéutica, la morfología, la sociología goffmaniana de las funciones²⁵ y una antropología de la “vida social de las mercancías”²⁶ podían jugar en un intento de renovación de la historia urbana, previo apego a los principios de la epistemología constructivista que sociólogos como Emile Durkheim y Pierre Bourdieu estiman conveniente para criticar los resultados de investigaciones —como es la histórica— en las que el objeto se crea.

Ahora bien, Lepetit no disiente de sus predecesoras —no sólo en Francia, sino también, y muy notablemente, en Estados Unidos— cuando señala que el objeto de la historia urbana es, en última instancia, la ciudad; en efecto, los historiadores habían tomado conciencia paulatinamente de la importancia de las ciudades para ampliar la información de las historias institucionales desarrolladas

en sus respectivas naciones, siempre que no se las definiera como un simple cerco de viviendas o se las tomara como un pretexto para divagar sobre urbanismo, pero sí como un entorno influyente en la forma que se dan los intercambios entre los habitantes y en la generación de las modalidades o categorías sociales que regulan la convivencia, sin olvidar las prácticas o estrategias vitales actuadas por los grupos y que típicamente delatan nociones opuestas de la identidad ciudadana y la pertenencia a territorial.²⁷

Esta reflexión, por supuesto, implicaba un avance teórico de gran envergadura. El nivel de complicación en las investigaciones aumentaba en la lucha por superar las dificultades y fabricar hipótesis poderosas. Dada tal situación, la imaginación de los investigadores los llevó a recapacitar que el paso de una historia institucional a una historia social más ambiciosa era obligatorio para conjeturar los mecanismos de la evolución social en el ámbito de la ciudad y analizarlos en sus relaciones, sin dar cabida a preconcepciones nocivas en un modelo teórico diseñado para esquivar los riesgos de circularidad en los argumentos u otras faltas de la lógica.²⁸ En Estados Unidos, donde las discusiones teóricas sobre historia urbana han sido tradicionalmente más frecuentes que en Francia,²⁹ los recursos técnicos y conceptuales tomados de la

18. Interesantes reflexiones en torno a la microhistoria se pueden hallar en: Levi, Giovanni, “Sobre microhistoria”, en Burke, Peter (editor), *Formas de hacer Historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1993, pp. 119-143 y en Ginzburg, Carlo, “Microhistory: Two or Three Things That I Know about It”, en *Critical Inquiry*, Vol. 20, No. 1, Autumn 1993, pp. 10-35.

19. En la actualidad, Roger Chartier destaca como uno de los más grandes historiadores de la lectura, véanse sus libros *El mundo como representación*, op. cit., *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, Instituto Mora, México, 1994 (Cuadernos de Secuencia) y *Sociedad y escritura en la edad moderna*, Instituto Mora, México, 1995 (Colección de Cuadernos). Véase también Darton, Robert, “Historia de la lectura”, en Burke (editor), op. cit., pp. 177-208 y “What is the History of Books?” en: *Daedalus*, Vol. III, No. 3, Summer 1982, pp. 65-83.

20. Bernard Lepetit falleció en 1996, a los 48 años de edad. Una desgracia magna, sin duda, pues, como veremos, la calidad de su obra es muy alta.

21. Thompson, E. P., *Historia social y antropología*, Instituto Mora, México, 1994 (Cuadernos de Secuencia), p. 66.

22. Véase Lepetit, “La historia urbana en Francia. Veinte años de investigaciones”, op. cit., pp. 12 y 20 y el ensayo “El tiempo de las ciudades” en su libro *Las ciudades en la Francia moderna*, Instituto Mora, México, 1996 (Cuadernos de Secuencia), pp. 110-121.

23. Lepetit, Bernard, “Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina”, en *Iztapalapa*, México, D.F., num. 26, junio-diciembre de 1992, pp. 25-33.

24. *Ibid.* Véase también en el mismo autor el prólogo a *Las ciudades*, op. cit., p. 7, y “Laboratorio urbano en Francia”, op. cit., pp. 6-7, y el siguiente par de obras: Certau, Michel de, *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, México, 1993, 2ª edición, pp. 25-28, 35, 50, 57, 68-69 y 75; y Bourdieu, Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México, 1988, 2ª edición, pp. 13-39.

25. Así llamada en referencia a su inventor, el sociólogo estadounidense Erving Goffman. Véase Burke, *Historia y teoría social*, op. cit., pp. 62 y 150.

26. Véase Appadurai, Arjun (editor), *La vida social de las cosas. Perspec-*

tiva cultural de las mercancías, CONACULTA/Grijalbo, México, 1991 (Colección Los Noventa).

27. Este párrafo está basado principalmente en el artículo de Zunz, O., “Urbana (Historia)”, en Burguière (director), op. cit., pp. 683-688.

28. Sobre la conveniencia de efectuar la transición y la importancia de la vigilancia epistemológica en historia urbana véase Lepetit, “La historia urbana en Francia”, op. cit., especialmente las páginas 10 y 26.

29. Zunz, O., “Urbana (Historia)”, op. cit., p. 684.

geografía, la economía y la demografía facultaron la redacción de las primeras monografías no estrictamente funcionalistas de los cambios ciudadanos, territoriales y del paisaje; y algunos clásicos sistemas de explicación de la difusión de innovaciones y circulación de bienes en la ciudad y en el entramado de ciudades que se yergue sobre un territorio determinado, caso del modelo del lugar central inventado en Alemania por Christaller, fueron criticados o restringidos cuidadosamente en su aplicación.³⁰

La renovación de la historia urbana francesa en la obra de Lepetit no se explica solamente como un enriquecimiento ideal de la tradición historiográfica, sino como una respuesta al fracaso de un proyecto de Estado para acondicionar funcionalmente a las ciudades galas.³¹ Lepetit deploró especialmente las pretensiones de un gobierno tecnocrático por descubrir la "teoría general de la urbanización" que pudiera "regir el problema urbano".³² Comprendió, sin embargo, que acciones políticas similares no responden a caprichos pasajeros y constituyen, más bien, la manifestación de cómo un saber social puede ser resumido y manejado según intereses determinados.³³ Refiriendo el debate sobre la política de la ciudad que se llevó a cabo en la Asamblea Nacional francesa en 1992, Lepetit comenta acerca de la retórica que los políticos allí presentes esgrimieron básicamente, denunciar el modo de proceder de sus antecesores trazando parejamente el plan de las intervenciones urgentes en la ciudad—

y extracta del diario *Le Monde* (edición del 17 de noviembre del año citado) la esencia del problema que se sometió a escrutinio: "[la política de la ciudad] se ha estancado en un enfoque categorial, parcelario, mientras que la vida de un joven en la ciudad depende de la armonía de su familia, de sus condiciones de alojamiento, del acceso a la atención, de su educación y de las posibilidades de distracción".³⁴ Para nuestro historiador, declaraciones de este cariz iluminan la corrección de uno de sus principios teóricos fundamentales: *la cuestión urbana está indisolublemente unida a la cuestión social*; ambas son coextensivas, se han "inventado sucesivamente", y así "superpuestas", su estudio demanda "no sólo enfoques coordinados sino una aprehensión sintética";³⁵ asimismo, el análisis de las preocupaciones urbanas que han inquietado a los gobernantes franceses desde la época de la moderna ciudad preindustrial (siglos XVI-XVIII) hasta la actualidad establece como asunto prioritario la solución a las interrogantes sobre la naturaleza del lazo social y de las identidades ciudadanas.³⁶

El principio de que la ciudad y la sociedad que la habita evolucionan en una dinámica conjunta e indisoluble debe leerse como un intento por escapar a los "bloques de la historia social" que obstaculizaron la marcha de la historia urbana en Francia durante años.³⁷ En ese país, la historia social compuesta al estilo de *Annales* creó excesivamente en la epistemología del estructuralismo³⁸ y

abusaba en la aplicación, no siempre reflexiva, de los métodos cuantitativos tomados de la econometría —tendencia peligrosa que normalmente conduce al investigador a la confusión interpretativa de las series de datos por la dificultad para concluir—,³⁹ y la historia urbana tomó cauce por la satisfacción de este mismo paradigma. Y mientras que en Estados Unidos, como hemos dicho, las opciones metodológicas crecían en proporción a los equipamientos teóricos, posibilitando en muchos aspectos la renovación adelantada de la especialidad, Francia tuvo que esperar a la década de 1970 para que la imponente estructuralista comenzara a decaer y abriera el paso a sistemas explicativos basados en la semiótica, la hermenéutica posestructuralista (Michel Foucault) y de la lingüística del sentido excedente (Paul Ricœur), la antropología interpretativa (Clifford Geertz) y la sociología de la reciprocidad (Fredrik Barth), por ejemplo, junto con una selección de herramientas estadísticas muy refinadas y servibles para modificar los métodos cuantitativos más socorridos usualmente por el historiador.⁴⁰

No obstante, el pronunciamiento fundamental de Francia, por intermedio de Lepetit, en el debate

de la nueva historia urbana, privilegia la configuración del objeto en el proceso de la investigación y vota por enriquecer la discusión del contextualismo librando las interferencias de todo determinismo oculto y mal entendido. De poco nos valdría insinuar, tan sólo, el tenor de las respuestas que los historiadores estadounidenses han dado ante este reto. En verdad, las tradiciones historiográficas y las presiones académicas de estas dos potencias son tan diferentes —sin descontar, claro, las inclinaciones nacionalistas— que es inútil asombrarse cuando contemplamos la ida y venida de textos polémicos en las revistas especializadas de ambos lados del Atlántico y nos damos cuenta de que los polemistas ni siquiera se escuchan mutuamente, cada uno canta las excelencias de las teorías y métodos a que se ha encomendado y dibuja el panorama intelectual global cuyos contornos cree reconocer mejor. En nuestra opinión, uno de los ejemplos más impresionantes de esta situación lo constituye el debate que Roger Chartier y Robert Darnton, al promediar la década de 1980 y como secuela a la publicación de un libro del segundo, intitulado *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia cultural francesa*, sostuvieron en torno al asunto de las mentalités y el método interpretativo más recomendable para ensayar una historia cultural en términos de simbologías, representaciones y prácticas de apropiación hermenéutica con el objetivo de "invertir la perspectiva" en el análisis de la "cultura popular" y las creaciones culturales en las cuales un pueblo cifra los elementos distintivos que constituyen su identidad. Quien decida revisar el expediente apreciará, creemos, la objetividad de nuestro balance: frente a frente los historiadores nombrados, ninguno es capaz de prestar oídos a lo que argumenta el otro y se dedica, en cambio, a repartir honores entre sus maestros, los lógicos de

30. Véase, por ejemplo, el ensayo de Lepetit: "Red urbana y evolución de la innovación en la Francia preindustrial: la creación de las calles de Albi (1818-1848)" en *Las ciudades*, op. cit., pp. 68-96.

31. Lepetit, "La historia urbana en Francia", loc. cit., p. 9.

32. *Ibid.*

33. Lepetit, "Comunidad ciudadana: territorio urbano y prácticas sociales", loc. cit., p. 126.

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

36. *Ibid.*

37. Lepetit, "La historia urbana en Francia", loc. cit., p. 13.

38. Sobre esto véase Burke, *Historia y teoría social*, op. cit., pp. 123-134, *Sociología e Historia*, op. cit., pp. 50-60 y *La revolución historiográfica*, op. cit., pp. 41, 49, 60 y 113. Stojanovich, op. cit., p. 109, e *logos*, op. cit., pp. 58-59.

39. Lepetit, "Historia cuantitativa", loc. cit., p. 20.

40. Lepetit, "La historia urbana en Francia", loc. cit., pp. 12-20, y "El terreno de las ciudades" en *Las ciudades*, op. cit., p. 120. De Michel Foucault, véase *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1999, 2ª edición. De Paul Ricœur, véase *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México, 1999, 3ª edición, y "Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica", en *Perus*, François (comp.), *Historia y literatura*, Instituto Mora, México, 1994 (Antologías universitarias: Nuevos enfoques en ciencias sociales), pp. 70-122. De Clifford Geertz, véase *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1987. De Fredrik Barth (editor), véase *Scale and Social Organization*, Oslo, Bergen, Tromsø, 1978, y consúltese Burke, *Historia y teoría social*, op. cit., p. 85.

Port-Royal y los filósofos Michel de Certeau y Paul Ricœur para Chartier, los antropólogos Clifford Geertz y Victor Turner para Darnton, por ejemplo.⁴¹

Entonces, para volver al estudio de la nueva historia urbana en la obra de Bernard Lepetit, vale suspender la comparación internacional y situarnos definitivamente en Francia. Y como aviso de las cualidades lógicas y técnicas que hallaremos en los ensayos de *Las ciudades en la Francia moderna*, colección cuyo sometimiento a crítica nos introducirá en la parte final de este escrito, sea un listado de las propuestas teóricas más significativas de su autor:

1. Para Lepetit, trabajar por la historia urbana equivale a dotarla de contenido; esto se logra a través de la conceptualización de su objeto, la ciudad, como una construcción teórica y metodológica no susceptible de reducción a mero “capítulo” de la historia social o política.⁴²

2. La ciudad, pues, se descubre como un objeto autónomo y, en tal calidad, se la piensa como un sistema. Ella es objeto y sujeto de la Historia.⁴³

3. La “epistemología constructivista” que facultas las dos propuestas anteriores justifica una tercera afirmación: la ciudad es “opaca”, su “esencia”

no es penetrable a menos que un análisis cuidadoso la descomponga en sus elementos de sistema y sus correspondientes principios de transformación. La ciudad es un ámbito de relaciones sistemáticas⁴⁴

4. Por necesidades operativas relacionadas con la invención de hipótesis, un modelo de ciudad debe ser considerado inseparable del proceso de su elaboración y definido como tal. En consonancia con las ideas teóricas de Giovanni Levi, uno de los mejores representantes de la corriente italiana de microhistoria, Lepetit asevera que la operación analítica busca configurar al objeto en su particularidad y explicitarlo para su investigación actualizada. A esto se debe la apariencia de las manipulaciones sucesivas por las cuales cristaliza una imagen de ciudad.⁴⁵

5. Como se ve, una modelización nomológica calcada de las ciencias naturales no es adaptable a los nuevos requerimientos de la historia urbana. Lo puntual es atender a las representaciones de la ciudad contemporáneas en el periodo estudiado y descubrir cómo nace en las sociedades la facultad de modelar su porvenir (para Lepetit, este periodo tiene que ser el de la ciudad preindustrial —siglos XVI a XVIII—, puesto que fue por su análisis que la

historia urbana adquirió su impulso renovador. Las fuentes se elegirán tras la clasificación de las “categorías” y “prácticas urbanas” correspondientes a cada época.⁴⁶

6. De hecho, según Lepetit, las sociedades desarrollan “paradigmas de intervención planificadora” de acuerdo con la “idea” que se hacen del espacio. Esta observación matiza la definición primaria de ciudad: ella no es sólo una “categoría de la práctica social”, sino también un “dispositivo territorial con virtudes performativas” (ciertamente, la realidad de aquel paradigma de intervenciones planificadoras se muestra tan probable a ojos de nuestro historiador que la erige en “principio explicativo” de los materiales reunidos en *Las ciudades en la Francia moderna*).⁴⁷

7. Entendido que el funcionalismo es inadecuado para analizar las relaciones históricas entre las ciudades y las sociedades, ya que obliga a pensar cada uno de estos elementos separadamente y en inmovilidad temporal, Lepetit llama a la adopción de un “paradigma hermenéutico” que ilumine el “anacronismo permanente” en que se dan dichas relaciones. Pues los elementos de la ciudad evolucionan según cronologías diferentes y su medida debe basarse en una “escala de temporalidad social”. Podemos hablar de una ciudad modelica que, a pesar de estar formada por elementos “históricamente dispares”, existe conjuntamente en el presente, en razón del “trabajo interpretativo” que los ciudadanos ejecutan sobre los rasgos desfasados que informan sus percepciones y una “jerarquía de lo deseable”, que los motiva a actuar sobre el espa-

cio de una manera y no de otra. Toca al investigador separar, analíticamente, los aspectos de la morfología y de la sociedad urbanas para calibrar mejor los desfases evolutivos y emparejarlos en una síntesis, esto es, en la conclusión historiográfica. Se trata, entonces, de una “modificación de los planteamientos” que prefiere el análisis de las “mediaciones complejas” y se resiste a aceptar cualesquiera “determinaciones simples”.⁴⁸

8. Lo establecido en los primeros cuatro puntos de esta lista muestra cómo Lepetit recoge de Fernand Braudel la hipótesis de la existencia de “sistemas urbanos” en Francia durante la época preindustrial.⁴⁹ De hecho, para Lepetit no es tan exacto —por no ser tan sugerente— hablar de “nueva historia urbana” como hablar de una *historia de los sistemas urbanos*,⁵⁰ tramada por desequilibrios parciales sistémicos y construida con ayuda de una observación ajustable a las dimensiones del objeto para asir conceptualmente los factores que tornan compleja su aprehensión histórica —noción metodológica del “cambio de escala”— común en ciertas investigaciones económicas y antropológicas y muy cara a los teóricos italianos de la microhistoria. Así, el sistema que en la obra de Lepetit caracteriza objetivamente a la ciudad, propone una doble aproximación escalada: la primera, que podríamos denominar “macroscópica”, analiza al sistema urbano como el modo en el que un conjunto de ciudades se organiza en una configuración espacial y jerárquica; la segunda, que llamaríamos “microscópica”, concibe al sistema urbano

41. Los materiales fundantes de este debate se hallan reunidos en las páginas del *The Journal of Modern History* de la Universidad de Chicago. Empezó con las críticas que Chartier dedicó al citado libro de Darnton en un artículo titulado “Texts, Symbols, and Frenchness”, *JMH*, Vol. 57, No. 4, December 1985, pp. 682-695; tres meses después, Darnton respondió en “The Symbolic Element in History”, *JMH*, Vol. 58, No. 1, March 1986, pp. 218-234. Dos años más tarde, en un mismo número del citado *Journal*, el historiador Dominick LaCapra y el antropólogo James Fernandez propusieron sendos balances críticos del debate en cuestión. A diferencia de su colega estadounidense, Chartier quiere sostener la polémica (véase, por ejemplo, su artículo “Representaciones y prácticas. Revolución y lectura en la Francia del siglo XVIII”, en *Sociedad y escritura en la edad moderna*, op. cit., pp. 93-120, y Goldman, Noemí y Leonor

Ariuch, “Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier”, en *Historias*, México DF, núm. 35, octubre-marzo 1996, pp. 3-17. Por lo demás, podríamos decir que el siguiente enunciado vale por una regla: todo historiador enemigo de las ideas geertzianas recibe con malos ojos las contribuciones historiográficas de Darnton —este, ciertamente, no rechaza ser un discípulo de Geertz—, véase Lew, “Sobre microhistoria” loc. cit., pp. 132-134.

42. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, op. cit., p. 7.

43. Cf. Lepetit, “La historia urbana en Francia”, loc. cit., pp. 14-15.

44. *Ibid.*, p. 20. Cf. También *Las ciudades...*, op. cit., pp. 110-121.

45. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, op. cit., pp. 8-9. En cuanto a Levi, véase “Sobre microhistoria”, loc. cit.

46. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, op. cit., pp. 9-10 y “La historia urbana en Francia”, loc. cit., p. 6.

47. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, op. cit., pp. 9-12.

48. *Ibid.*

49. Cf. Lepetit, “La historia urbana en Francia”, loc. cit., p. 20 y *Las ciudades...*, op. cit., p. 115.

50. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, op. cit., p. 8.

como una formación real dentro de una topografía particular, impresa en una sociedad estructurada, explicable en tradición con el aparato institucional del Estado y traducible en manifestaciones culturales diversas.⁵¹ Para una historia urbana con “perspectivas globalizadoras”, la investigación regulada por los cambios en la escala de observación se propone desechar un viejo equívoco: pensar que con la frase “historia global” se quiere decir “historia de todas las cosas”; para Lepetit, una reflexión semejante crea el efecto de que se intenta “conservar la unidad artificial de un espacio de investigación infinitamente extendido” y amenaza, en la práctica, con “desvanecer al objeto”.⁵²

9. En cuanto a los métodos de cuantificación, Lepetit opina que una historia de los sistemas urbanos interesada en ir más allá de una “simple interpretación de los datos estadísticos”⁵³ necesita poseer herramientas para poner a prueba las hipótesis derivadas de la observación empírica. En otros términos, la investigación no debe limitarse a una mera “estadística descriptiva elemental”,⁵⁴ para estudiar por este medio las “modalidades de situación del pasado en el presente”,⁵⁵ las series de datos deben inspirar hipótesis interpretativas que comanden “la aplicación del análisis estadístico que permite concluir su rechazo o su validación”.⁵⁶ Estas prescripciones metodológicas revelan otro paralelismo con la microhistoria italiana; en efecto, al igual que Levi, Ginzburg, Cerutti y otros teóricos, Lepetit conviene en que una historia apoyada en la reducción escalar de la observación constitu-

ye una “especie de experimento”;⁵⁷ sobra decir que esta especificación implica una diferencia cualitativa importante respecto de la experimentación que el científico natural utiliza para poner a prueba sus hipótesis; en este punto, no obstante, justo sería criticar la manera como estos historiadores entienden “experimento” —Levi, por ejemplo, cae en contradicciones graves cuando piensa que la experimentación es sinónimo de la generación repetitiva de efectos idénticos con instrumentos idénticos—,⁵⁸ pero como la distracción por esa crítica no es pertinente ofrecer aquí, citemos unas líneas de Lepetit dirigidas a neutralizar el riesgo de vaguedad en sus disquisiciones sobre el tipo de experimento historiográfico que su metodología cuantitativa representa:

*La [...] cuantificación exige, por una parte, precisar la cuestión esencial del nivel de adecuación aceptable entre los cuestionamientos, los métodos de análisis y las escalas de observación de los fenómenos. Dicha cuantificación obliga, por otra parte a descomponer en proposiciones intermedias, verificables en términos cuantitativos, las hipótesis macroexplicativas que de otra manera agotarían su eficacia al convertirse en cuestión de opinión.*⁵⁹

Según nuestro autor, precisiones de este orden perfilan una necesidad de identificar “programas de trabajo” lo cual, acaso, signifique: dada una multiplicidad de factores reales, sería imposible para un historiador solitario cumplir con el proyecto de la nueva historia urbana, por tanto, vale más alen-

zar las investigaciones colectivas y esperar. Hemos dicho “acaso” porque, si bien Lepetit consagra varias páginas a discurrir sobre los “programas de trabajo”, en nuestra visión jamás aclara satisfactoriamente lo que quiere decir.⁶⁰ Como sea, tal vez la lectura que proponemos marque un acierto, o invitará, por lo menos, a pensar juntas esta noción con la de “programas de investigación”, crucial en la filosofía de Lakatos.⁶¹

10. Una “epistemología constructivista” impone su crítica conforme aumenta el nivel de complejidad en las proposiciones. Para Lepetit, “reconocer la diversidad de las formaciones humanas que se suceden tras la aparente organización de los lugares y del vocabulario, para así contribuir a una definición histórica de lo urbano” requiere una “utilización” de la complejidad que libre al historiador del peligro de caer en tautologías o peticiones de principio,⁶² siguiendo a Braudel, afirma que un libro de historia es bueno cuando aparece como un “sistema de explicaciones sólidamente ligadas”; para él, esta es la condición primordial por la que se define un “modelo”; en este sentido, el buen libro de historia es una “copia teórica” de la realidad.⁶³ Reaccionando contra Hans-Georg Gadamer⁶⁴ y Hayden White,⁶⁵ insiste en que la “demostración histórica”:

...no puede reducirse ni a una lógica de la persuasión ni a una lógica de la narración. Los criterios de su pertinencia deben apreciarse en la articulación de la definición de una

*problemática, en las modalidades de su aplicación experimental y en la confrontación de los datos empíricos de las proposiciones históricas [...] un uso más desigado de las herramientas cuantitativas evitaría al historiador tener que elegir entre el positivismo y la retórica.*⁶⁶

III

Una vez sumadas estas directrices de su intelección historiográfica, que patentizan el rigor con el que Lepetit concebía la responsabilidad científica, llega el momento de considerar el potencial crítico de su aplicación. Nos anima una curiosidad fundamental: estimar, en definitiva, cuán sólidas son esas “lagunas” que, en el sistema de Lepetit, han de mantener unidas a las explicaciones. Y suponiendo que con esa metáfora nuestro autor se refiera, básicamente, al empleo preciso de la terminología, esto es, a la comprensión de que existen razones epistemológicas y metodológicas para que un investigador no juzgue intercambiables términos como noción, definición y concepto, pues ello atraería confusiones importantes al sentido de la exposición; entonces, podremos empezar a sospechar que Lepetit, en gran medida, pertenece a la legión de historiadores “vanguardistas” —de Europa, América y otros continentes— para quienes, al parecer, la codificación de un pensamiento en clave científica es valioso no porque su función sea la de habilitar a la razón para entender en su justo sentido a los discursos que por su

51. Cf. Lepetit, “La historia urbana en Francia...”, *loc. cit.*, p. 20.

52. *Ibid.*, p. 19.

53. Cf. Lepetit, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 20.

54. *Ibid.*, p. 22.

55. Cf. Lepetit, *Las ciudades...*, *op. cit.*, p. 115.

56. Cf. Lepetit, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 22.

57. *Ibid.*, p. 23.

58. Véase Levi, “Sobre microhistoria”, *loc. cit.*, pp. 140-141.

59. Cf. Lepetit, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 25.

60. Lepetit habla de estos “programas de trabajo” en varios lugares. Cf., por ejemplo, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 25 y *Las ciudades* *op. cit.*, p. 120.

61. Véase Lakatos *op. cit.*

62. Cf. Leoetti, “La historia urbana en Francia...”, *loc. cit.*, p. 26.

63. Cf. Lepetit, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 26, y “Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina”, *loc. cit.*, p. 32.

64. Sobre este filósofo puede consultarse el siguiente libro: Koselleck, Reinhart y H-G Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, Paidós Barcelona 1997 (reconsulte las páginas 97-106).

65. Véase White Hayden, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. The Johns Hopkins University Press Baltimore and London, 1987 (especialmente las páginas 26-57).

66. Cf. Lepetit, “Historia cuantitativa...”, *loc. cit.*, p. 23.

materia se reputan de científicos, sino porque *seduce*. ¿Quién lo negará? Es un hecho: más de un historiador, más de un científico social suspende el pulimento de los textos que planea sacar a la luz en cuanto recibe de los mismos lo que a él le parece una suficiente apariencia de “cientificidad”, y muchos de ellos proceden así a causa de un voluntarismo interdisciplinario descontrolado,⁶⁷ no tanto por la inocencia que los abandona al encanto del redondeo ideal que creen apreciar en los periodos del texto científico. ¿Cómo interpretar este fenómeno? ¿Acaso diciendo que los artífices de la “nueva historia” gozan con la realización de un deseo,⁶⁸ y nada más, en las hermosas superficies de las argumentaciones débiles? Nuestra sugerencia no alberga malicia alguna, pero creemos que la cuestión del estilo expositivo en el que se presenta lo más afamado de la historiografía del siglo XX merece una discusión profunda. Si contáramos con la oportunidad, adelantáramos aquí, por lo pronto, una crítica de la manera en que un Braudel o un Febvre *intensifican artificialmente* el contenido de sus pronunciamientos teóricos, sirviéndose de arrebatos poéticos a lo Nietzsche o a lo Michelet, y subrayáramos la pena que nos embarga al recorrer ciertas páginas de Febvre en donde éste consigna su “interpretación” de

67. Acerca de este “voluntarismo” interdisciplinario, véase Revel, “La historia y las ciencias sociales: una confrontación inestable”, *loc. cit.*, p. 80, y Burguière, “Anna es (Escuela de los)”, *loc. cit.*, pp. 34-39.

68. Recordemos la misma impresión le generaba a Bertrand Russell la lectura de Bergson y Berkeley cuando intentaba explicar por qué la obra de estos pensadores no ilustra la forma en que una verdadera filosofía —y una filosofía de la ciencia, en especial— debe ser desarrollada. Véase Russell, *op. cit.*, p. 64 y 67.

69. Véanse, por lo pronto, Febvre, *op. cit.*, p. 48; Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, p. 22. El hecho, Braudel repite casi a la letra las conclusiones de su maestro en la mayoría de los ensayos que publicó en la década de 1950, y es penoso, ya que si recordamos, en 1955

la “revolución científica” que, desde las postrimerías del siglo XIX, tumbó una por una las “antiguas seguridades” del hombre, empezando por la más querida: “La causalidad física gobierna al mundo”. En efecto, tanto en los escritos de Febvre como en los de sus seguidores —notablemente, Braudel— se puede denunciar un entendimiento precipitado cuando no burdo, de muchas teorías científicas, particularmente la de los *quanta*, situación que informa en nosotros un juicio: las afirmaciones de estos historiadores relativas a los conceptos de tiempo y espacio fallan, o bien por exceso, o bien por omisión.⁶⁹

Pero como tampoco es conveniente excederse en digresiones, pasemos al análisis de “La noción de ciudad: su evolución (1659-1850) en los cuadros y descripciones geográficas de Francia”.⁷⁰ en donde Lepetit —no obstante la literalidad de su título, descuida vigilarse por la epistemología y habla igual de noción, concepto o definición de ciudad. La investigación supone una relación entre las representaciones de la ciudad —variables con las épocas— y un concepto operatorio útil para hacer su historia.⁷¹ Guardando fidelidad al paradigma hermenéutico, Lepetit supone que la evolución en las definiciones de ciudad es un “reflejo” de los cambios conceptuales que intentan “captarla”.⁷² Así,

Werner Heisenberg publicó sus excelentes reflexiones sobre “la imagen de la naturaleza en la física actual”. Nos queda, pues, suponer dos cosas o bien que Braudel nunca conoció esta obra, o bien que la conoció mas no supo comprenderla. Véase Heisenberg, W. *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Aré: Barcelona, 1976 (especialmente las páginas 27-41); Seter, *op. cit.*, y —sumamente iluminador— Forman, Paul. *Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica 1918-1927*. Ainzua Universidad, Madrid, 1984 (especialmente las páginas 102-155).

70. En *Las ciudades...*, *op. cit.*, pp. 13-27.

71. *Ibid.*, p. 15.

72. *Ibid.*

en la operación la ciudad es entendida como un “objeto cultural” que se transforma paralelamente a las definiciones que los ciudadanos tienen de ella; semejante acontecimiento se torna probable cuando examinamos las implicaciones que conllevan los cambios en los criterios clasificatorios de las ciudades: cuando al criterio basado en la presencia de murallas —relacionadas con “mitos de fundación”— lo sustituye el criterio basado en la antigüedad, y a éste, en su turno, lo sustituye el criterio basado en la función comercial que distingue al recinto urbano del campo y lo aproxima a “niveles urbanos superiores”, se “impugna” cada vez un “esquema de pensamiento” que ha sido desbordado por multitud de datos nuevos que informan a la representación.⁷³

Advertiendo al lector sobre la pobre calidad de sus fuentes, Lepetit señala que los cuadros y tablas geográficas de los siglos XVII y XVIII no contienen definiciones de la ciudad, en cuanto tales, porque sus métodos son demasiado generalizadores y abstractos o se pierden en la enumeración de detalles. No obstante, es válido considerar que dicha definición no está realmente ausente, pero va implícita en el ordenamiento de los detalles que los geógrafos realizan conforme a un criterio de clasificación, además, en su descubrimiento debemos ver una manifestación del “bagaje conceptual de sus autores”.⁷⁴

Lepetit da cuenta de tres “rasgos constitutivos” de la representación de ciudad en las fuentes geográficas: calificaciones, cifras de población, elementos de descripción, y resalta las principales vías metodológicas para llegar a comprobar la actualización de aquellos rasgos en la evolución de las épocas:

73. *Ibid.*, p. 21.

74. *Ibid.*, p. 15.

Podemos —apunta— intentar precisar: en un marco menos rígido que el de los diccionarios, la aparición o la progresiva desaparición de uno u otro rasgo. Se pueden detectar las contradicciones, a veces insolubles para el autor, entre una definición antigua implícita y una realidad nueva, o entre elementos divergentes de definición. Y esta imagen de la ciudad no es quizá una simple elucubración de especialistas. Sujetos a las presiones de las estructuras económicas, sociales o políticas de su época, encaminados en corrientes de pensamiento más amplias —la “geografía de los filósofos” reemplaza a la “geografía de los humanistas”— y deseosos de hacer obra educativa (trátase de educar al Delfín, al hombre honrado, al ciudadano o a la juventud), los geógrafos que realizaron cuadros y descripciones geográficas de Francia son sin duda buenos reflejos de la conciencia —ilustrada— de su tiempo.”⁷⁵

Para Lepetit, el objeto de su ensayo alude a una problemática que todavía es actual. Se relaciona con las limitaciones que el funcionalismo se impone a sí mismo cuando no reflexiona sobre el “espacio de ejercicio de la función”.⁷⁶ De hecho, es ya desde estas páginas germinales de *Las ciudades...* que Lepetit inicia su recorrido crítico por los cauces teóricos del funcionalismo, preparándonos para el ataque a los conceptos de área de influencia, centralidad y base que lo ocupará en los textos subsecuentes.

En cuanto al empleo de los métodos cuantitativos, Lepetit comunica al lector que la ubicación de las variables pertinentes —datos económicos o de culturas regionales, por ejemplo— no basta para completar el registro de todos los “elementos constitutivos de la representación urbana”, puesto que, desafortunadamente, las indicaciones estadísticas son muy escasas en las fuentes (por lo menos hasta los

75. *Ibid.*, p. 16.

76. *Ibid.*, pp. 26-27.

a bores del siglo XIX).⁷⁷ Dicho de otro modo, la proporción de lo cuantificable en las fuentes es tan pequeña, que con ella sería imposible informar adecuadamente un análisis de variables. Esta dificultad, empero, no impide a nuestro autor generar hipótesis probables y explicar cómo, en la exploración de los indicios documentales en pos de aquellos “elementos constitutivos de la representación urbana”:

Se nos invita a presenciar, por el juego de movimientos contrarios —debilitamiento de viejas imágenes, surgimientos de nociones nuevas—, una renovación radical de la representación geográfica de la ciudad

En sus orígenes, es la ciudad inmóvil. Congelada en la escala del tiempo y del espacio, dos mitos fundadores dominan su existencia: la muralla y la antigüedad. La destrucción de estos mitos es lo que nos muestran los geógrafos del siglo XVIII.⁷⁸

Y, en efecto, Lepetit concluye que el siglo XVIII inventó la “variación concomitante” entre actividad económica y desarrollo urbano, vinculados ambos en las publicaciones geográficas de la Ilustración,⁷⁹ asimismo, la “estructuración” de un espacio dependiente de un sistema económico nuevo y cada vez más dinámico dio paso a una jerarquización de las ciudades que ponía en la cima a las sedes administrativas. Y mientras que en los siglos XV y XVI la ciudad, de acuerdo con la “visión culturalista” de algunas historiografías, era el lugar privilegiado de la sociabilidad, a finales del siglo XVIII la función administrativa “procura ventajas más perceptibles en el nivel del poder, de la economía o de la demografía”.⁸⁰ Comprende-

77. *Ibid.*, pp. 16-17

78. *Ibid.*, p. 17

79. *Ibid.*, p. 22

80. *Ibid.*, pp. 23-24

81. *Ibid.*, p. 26

mos, entonces, que los geógrafos ilustrados, al adoptar una visión desarrollista de la ciudad, dieran por supuesto que la función administrativa debía de ser la faceta preponderante del “almacenamiento urbano”.⁸¹

No obstante —dice Lepetit—, la función administrativa, a diferencia de la función económica, se presenta más raramente como un motor económico del crecimiento urbano, si bien veremos que también en esto hay avances en la reflexión. Sin embargo, se impone por su permanencia de principio a fin de este período. Quizá sea que la preponderancia que procura se sigue considerando por lo general como de un nivel y el poder administrativo de una esencia distinta que la del poder económico; donde hay sincronía, ahora, es en lo cultural y lo social.⁸²

Vemos, pues, cómo a través de una “inversión de perspectiva” respecto del funcionalismo, nuestro historiador llega a considerar que es a propósito de la “noción” que los ciudadanos tienen de su ciudad, lo que ha de descubrir *el momento y la manera* en que se empieza a eslabonar la “cadena hermenéutica” que motivará las “sucesivas modelizaciones” perceptivas por las cuales se negará una dicotomía supuesta entre morfología y sociedad urbana.⁸³

“En busca de la pequeña ciudad francesa a principios del siglo XIX”⁸⁴ es otro ensayo donde Lepetit “utiliza” la complejidad para mantener su argumentación limpia de tautologías. Para él, un “estudio científico” de las “pequeñas ciudades” en clave funcionalista no es más recomendable que un análisis guiado por la epistemología constructivista; este acercamiento rechaza las definiciones previas e in-

82. *Ibid.*, p. 23

83. Lepetit enfatiza a propósito de esta negación en “El tiempo de las ciudades”, último ensayo de la coedición, especialmente (p. 114).

84. En *Las ciudades*, op. cit., pp. 28-43



Figura 1. La red de ciudades y burgos de los Bajos Pirineos en 1861.

Fuente: Lepetit, Bernard. *Las ciudades en la Francia Moderna*. Instituto Mora, México, 1956 (Cuadernos de Secuencia) p. 35

forma, lenta pero seguramente, a un modelo de explicación basado en la observación de los funcionamientos económicos urbanos y las formas de sus modalidades combinadas.⁸⁵ Poniéndonos en guardia contra el “automatismo intelectual” que nos conduce a distinguir, harto precipitadamente entre lo que es urbano y lo que es rural, propongamos ampliar la clásica visión funcionalista tomando en cuenta los desplazamientos regionales y las variables de densidad poblacional.⁸⁶

¿Qué es una “pequeña ciudad”? Lepetit juzga válida una “definición plundimensional” que asocie “un nivel de tamaño, funciones económicas particulares, un tipo de sociedad, formas específicas de sociabilidad” y sirva para explicar el modo en que coinciden “configuraciones morfológicas y

85. *Ibid.*, p. 28

86. *Ibid.*, p. 29

87. *Ibid.*, p. 32

funcionamientos socioeconómicos.”⁸⁷ En la investigación empírica y estadística de los grupos poblacionales y las clases socio-profesionales que se agregarían para fundar la “pequeña ciudad” francesa a principios del siglo XIX,⁸⁸ nuestro historiador decide presentar sus resultados como una crítica al enunciado del historiador Jean-Pierre Jourdan que reza: “La presencia de notables contribuye a marcar sociológicamente a las pequeñas ciudades”.⁸⁹ ¿Cuán general será realmente este principio teórico? Para comenzar, Lepetit, luego de trazar las distribuciones regionales de las pequeñas ciudades; observar una distancia entre las diferentes situaciones que supera la lógica de todos los criterios de jerarquización para apoyar sus asertos, dibuja incluso un mapa (véase Figura 1) para indicar gráfi-

88. *Ibid.*, pp. 33-39

89. *Ibid.*, p. 39

camente cada pertenencia modélica en el nivel local, mapa que presidió la selección de las directrices empíricas adoptadas y “cambiar la escala” para aplicar el modelo, juzga que la cuestión no es tanto determinar el rango de generalidad alcanzado por aquel principio como reconocer que la falla epistemológica de Jourdan surge, en última instancia, por la arbitrariedad al establecer un criterio de clasificación de los elementos constitutivos de las “pequeñas ciudades” y, sobre todo, por admitir preconcepciones —se toma una definición de “pequeña ciudad” y luego, en el curso de la investigación, se la encuentra viciosamente a cada paso—⁹⁰

En relación con este último punto, Lepetit arriesga otra “inversión de la perspectiva” y orienta la inquisición sobre “la coyuntura histórica en la que apareció la noción [de ‘pequeña ciudad’]” y el “proceso de delimitación de que es producto”⁹¹ En su opinión, es lamentable que autores como Jourdan no reconozcan el “valor explicativo de las dificultades en el definir”,⁹² pues ello les impide robustecer informativamente a la teoría, al no poder extender el análisis sobre la pregunta máxima que se puede formular una epistemología crítica: la pregunta del *sentido*.

Y ¿qué sentido puede tener la noción de “pequeña ciudad”? Lepetit observa, primero, que en el ámbito de la economía francesa durante el reinado de Luis XV “la lengua del vencedor, es decir, de la centralización parisina, impone entre el observador y lo real la evidencia de sus categorías. No obstante, no se entienden todavía los motivos de tal invención”;⁹³ a continuación, partiendo de los

análisis en los que Jourdan compara los caracteres de las “pequeñas ciudades” —de su definición— con los de los burgos, más abajo en la jerarquía, según tres criterios: las estructuras del hábitat (variaciones dependientes de la dispersión poblacional), el impacto económico y las composiciones socioprofesionales, ofrece una “hipótesis inicial”: “Existe, en la jerarquía de los lugares habitados de fines del periodo preindustrial, un objeto específico dotado de características particulares, cuya inversión de la categoría de ‘pequeña ciudad’ parece haber equivalido a su reconocimiento”.⁹⁴

¿Es probable? En las comparaciones de Jourdan, tenemos que las “pequeñas ciudades” se diferencian en muy pocos aspectos importantes respecto de los burgos; no en cuanto a las “estructuras espaciales”, tampoco en cuanto a “la intensidad de la influencia que ejercen los centros sobre las zonas rurales circundantes”; la única diferencia interesante parece ser la de los órdenes socioprofesionales.

Las pequeñas ciudades se distinguen de los burgos por la gama más amplia de sus actividades artesanales, por la presencia de oficios más raros (pintor de brocha fina, dorador calígrafo) en el caso de Lembaye que tiene poco más de 1.000 habitantes, por ejemplo) y, sobre todo por la presencia de un grupo cada vez más importante de notables. Mientras que en los bajos Pirineos existen en promedio 6 censatarios que pagan más de 200 francos de impuesto al año en los burgos, en las pequeñas ciudades que son apenas más grandes, los censatarios son 14.”

Con base en estos datos, según Lepetit, Jourdan deriva la prueba de la “hipótesis inicial” y se

autoriza para enunciar: “La presencia de notables contribuye a marcar sociológicamente a las pequeñas ciudades”. Sin embargo, hablando rigurosamente, ¿es aquella “hipótesis inicial” de Lepetit *realmente* una hipótesis? Líneas arriba la hemos citado al pie de la letra y sin quitar ni agregar una sílaba, pero ¿vemos en ella que se explicita por lo menos una premisa? En un razonamiento hipotético, tratamos de averiguar si una o varias premisas son verdaderas; dichas premisas acompañan a un condicional con el fin de ratificar si su consecuencia es asimismo verdadera; entonces, preguntamos: ¿aparece algún condicional en la “hipótesis inicial” de Lepetit? No, evidentemente; por tanto, ¿habremos de temer que Lepetit esté exhibiendo aquí esa cualidad de ligereza en el empleo de la terminología científica que juzgamos como criticable en muchos historiadores de hoy?

No obstante, valga suponer que Lepetit en este caso, entiende por hipótesis un simple *enunciado no comprobado* que utiliza para poner en duda, *no una conclusión* de Jourdan, sino lo que este considerara como un *enunciado comprobado por la sola observación*: “la presencia de notables contribuye a marcar sociológicamente a las pequeñas ciudades”. Por lo demás, sirva una última aseveración para alentar futuras discusiones sobre este asunto: el enunciado hipotético de Lepetit encierra una tautología, mientras que el de Jourdan puede ser refutado mostrando que implica una falacia por composición.

Otra peculiaridad en la actitud científica de Lepetit nos mueve a reflexionar sobre su comprensión de los principios epistemológicos que ha

aceptado. De manera similar a la de Pierre Bourdieu,⁹⁵ está conciente de la importancia de la analogía en la invención de hipótesis. Ahora bien, al explicar el surgimiento de nuevas ciudades como un efecto de los factores que se conjugan para crear en las sociedades la necesidad de cambiar de hábitat, confiere, en nuestra opinión, un valor analógico excesivo al siguiente hecho observado: “Las especies animales tienen, como sabemos, unos umbrales por debajo de los cuales su supervivencia no es segura”.⁹⁷ Acto seguido, nos dice:

Propongo la hipótesis de que existe, para los grupos sociales que tienen la capacidad de escoger su lugar de residencia, límites por debajo de los cuales las condiciones mínimas de una subsistencia satisfactoria desaparecen, o bien, por debajo de los cuales la imagen social del lugar se degrada más allá de lo tolerable. Por debajo de este límite, se produce un cambio de hábitat. La historia de los barrios de las grandes ciudades como el barrio de Les Halles en París por ejemplo, está hecha de evoluciones de este tipo. ¿Por qué no entonces la historia de los sistemas urbanos?⁹⁸

En realidad, Lepetit no está señalando una mera analogía con el fin de asegurarse una comprensión más clara de los hechos, sino que, mediando lo que podríamos llamar un “salto epistemológico” inspirado por el deseo de plasmar en el papel, cuanto antes, una hipótesis definitivamente original—, *asume*, en cambio, una *identidad de los procesos* seguidos por las sociedades animales y humanas cuando se sienten obligadas a mudar de hábitat. De tal suerte, que Lepetit se apropia de un principio explicativo —de los motivos de emigración de

90. *Ibid.*, p. 33-35

91. *Ibid.*, p. 36

92. *Ibid.*, p. 38

93. *Ibid.*

94. *Ibid.*

95. *Ibid.*, pp. 38-39

96. Véase Bourdieu, Chamboredon y Passeron *op. cit.*, p. 72-75

97. Lepetit, “En busca de la ‘pequeña ciudad’”, *loc. cit.*, p. 39

98. *Ibid.*

as comunidades de animales—al que convierte en algo así como una “clave descriptiva” del proceso de emigración humana, es decir, que nuestro autor pretende explicar una realidad (la de emigración humana) a través de la descripción del proceso por el cual esa realidad llega a ser y no obstante la postura que adoptemos en el debate de la filosofía de la lógica sobre la legitimidad de afirmar una división entre contextos de validación y contextos de descomulgación. ¿Cómo evitaremos juzgar, en una primera instancia, que Lepetit comete una falacia genética a razonar como lo hace?, ya que la descripción del proceso por el cual una cosa obtiene realidad, es pertinente para comprenderla en sí misma y en sus relaciones, pero, ello es así sólo cuando la intelección de todos los aspectos del objeto —o la mayoría de los aspectos identificados del objeto— presupone la referencia a leyes. En cuanto a la investigación de Lepetit, se diría, entonces, que la explicación es deducida analógicamente y, por tanto, que el sistema “liga sólidamente sus componentes” por medio de una subsunción nomológica.

Ahora, en comparación con la anterior, una mirada es bastante para considerar que Lepetit construyó mucho mejor esta segunda hipótesis. ¿A qué se habrá debido? La proposición: “las especies animales tienen unos umbrales por debajo de los cuales su supervivencia no es segura” es calificada por nuestro historiador como una simple “observación ecológica”. ¿podemos concebir, pues, que un súbito relajamiento de la vigilancia epistemológica lo lleve a exagerar el significado de una analogía, hasta el grado de confundirla con una ley? Proseguir con este análisis indefinidamente nos pondría en riesgo de complicarnos con sutilezas, y dado que no es precisamente un espíritu de temeridad el que decide a los hombres a guiarse metodicamente, como

resumen diremos: que, efectivamente, Lepetit confunde una función de analogía con una ley de función, no extraña que sus “pruebas de hipótesis” dejen de serlo para pasar a ser un recorrido documental para encontrar, no una definición previa, confirmada una y otra vez, como en el caso de Jordán, sino la pertinencia absoluta de una analogía para la descripción de un proceso en términos de una analogía. Así, a la probable falacia genética se une, como error lógico de la investigación, la tautología.

En cualquier caso, Lepetit considera demostrable—por medios como los que él ha empleado—, que el funcionamiento del sistema urbano “pequeña ciudad” no toma en cuenta al tamaño como a una variable explicativa y escribe:

Una constatación tal permite observar la especie de coacción que se produjo con la noción de “pequeña ciudad”. Basta para explicarlo, abordarla desde sus dos ángulos. Por encima, no existe diferencia cuantitativa (en términos de población) entre pueblo grande, burgo y pequeña ciudad: estamos, en cualquier caso, en el ámbito de lo pequeño, pero existe entre ellos una diferencia cualitativa socioeconómica o sociocultural que provoca funcionamientos y comportamientos distintos que explican que se eche mano de la noción de “pequeña ciudad”. Por encima, la diferencia entre la pequeña ciudad y las demás es, ante todo, cuantitativa: menos habitantes de este lado, más de aquél, y se trata sólo de precisar los límites entre los grupos. Pero ¿existe entre las ciudades una diferencia cualitativa que tenga que ver con los funcionamientos socioeconómicos o socioculturales? Si la respuesta es negativa, o si la diferencia es sólo de grado y no de naturaleza, entonces el tamaño no es un criterio que discrimine entre ciudades.”⁹⁹

99. *Ibid.* p. 61

¿Qué ha querido oír? Sencillamente, que no por calificársela de “pequeña” una ciudad deja de funcionar como todo un sistema urbano. Pero, si esto es así, ¿no habremos de creer que la cuestión de su existencia, y como, y en qué época, las “pequeñas ciudades” es, cuando no inútil, sí por lo menos trivial? La respuesta es, obviamente, negativa, en cuanto recordamos que el interés de Lepetit es describir la evolución de las representaciones que los ciudadanos tienen de su ciudad, y no de la ciudad en tanto que objeto material. De ahí que la investigación, aunque en su marcha no haya sorteado con mucho éxito algunas fracturas importantes, despierte en nuestro autor la reflexión siguiente: “No existen pequeñas, medianas y grandes ciudades sino sólo ciudades en general. Creo que a finales del período preindustrial Francia se encuentra en este caso: la identidad de los funcionamientos económicos y sociales urbanos hace que la pequeña ciudad ya no exista”.¹⁰⁰

Ahora, para su sistema tiene valor de principio la idea de que el siglo XVIII inventó la “variación concomitante” en el análisis de los fenómenos urbanos, Lepetit considera que los elementos de definición conseguidos por gracia de la “epistemología constructivista” sitúa a investigador de aquel período histórico en el “ámbito de lo continuo y de la imprecisión de los límites”. Aquí, el peligro:

está en cosificar estas categorías y creer, sin análisis, que están dotadas de una esencia particular. Al igual que las demás, la pequeña ciudad no tiene sino una realidad problemática. Entonces, la mayor parte de la investigación histórica

100. *Ibid.*

101. *Ibid.*, p. 44

102. En *Las ciudades...*, op. cit., pp. 45-67

debe dedicarse a determinar los momentos en que constituye una formación socioeconómica original dotada no sólo de un tamaño particular, sino de modos de funcionamiento y de destinos que la distinguen, por una parte de los pueblos y los burgos y, por otra, de los centros urbanos de tamaño más considerable. La Francia de finales del período preindustrial no está en esta situación. La pequeña ciudad no existe, sólo encontramos ciudades más pequeñas.”¹⁰¹

Es igualmente peligroso adoptar, sin mayor crítica, la teoría del lugar central de Christaller cuando nos disponemos a estudiar las economías preindustriales, según nos advierte Lepetit al inicio de “Sucesos y estructura: la Revolución y el andamiaje urbano en Francia (1780-1840)”,¹⁰² ensayo dedicado a medir el impacto de la Revolución de 1789 en la organización del poblamiento urbano y a revelar, de algún modo, en qué consiste el “sentido” de la ciudad, construyendo para ello la historia de los sistemas urbanos anteriores a la modificación de las tasas de urbanización, provocada por la industrialización acelerada.¹⁰³

Para Lepetit, la teoría de Christaller supone un estado de equilibrio que le prohíbe generar su propia historia, razón suficiente para negarle un lugar en la observación de los dos efectos principales que la Revolución tuvo sobre el “andamiaje urbano”: un movimiento de desurbanización general acompañado por un retroceso de la urbanización no uniforme.¹⁰⁴ Queriendo refinar esta observación, Lepetit se vale de instrumentos novedosos —por ejemplo, la ley de rango-dimensión— para relacionar los índices de crecimiento poblacional con el

103. *Ibid.* p. 45

104. *Ibid.*

tamaño variable de las ciudades; y, así poder concluir, en un estilo que delata su aprehensión de las propuestas teóricas de Braudel, que “de una coyuntura política corta pueden surgir formas de organización territorial de larga duración”¹⁰⁵

Para felicidad de quienes se preocupan por el avance de la disciplina historiográfica, Lepetit nombra “Red urbana y difusión de la innovación en la Francia preindustrial: la creación de las cajas de ahorro (1818-1843)”¹⁰⁶ a un texto en el que ensaya, rigurosamente, el análisis de variables y regresión, aplicando el modelo crítico de lectura provisto por la llamada “hermenéutica del signo”, para explicar los “desfases en la organización y el funcionamiento de la economía francesa” a mediados del siglo XIX.¹⁰⁷ Estableciendo el principio de que las cajas de ahorro definieron relaciones sociales urbanas especiales, representadas de distintas maneras por las diversas clases —la participación de los notables fue vital en la creación y manejo de estas cajas—,¹⁰⁸ los problemas metodológicos surgen conforme se multiplican los “indicios” que señalan una diferencia entre la difusión de la innovación y la red de intercambios en el territorio francés, lo que pone de manifiesto “discontinuidades en los viejos modos de funcionamiento” y reintroduce al factor tiempo un “tiempo de la historia” — como parámetro a considerar en la invención de las hipótesis.¹⁰⁹

¿Cómo medir la penetración espacial de la innovación? Lepetit propone empezar con un conteo del número de libretas de ahorros por cada 10,000 habitantes en el año 1847; hecho esto, vale inferir

un principio (aunque Lepetit diga que es una “hipótesis”); a tasas de penetración desiguales en zonas de un país determinado corresponden modos de difusión diferentes.¹¹⁰ Si bien esta información podría hacerse valer antes como un supuesto, mas que como un principio dependiente del análisis estadístico, el caso es que Lepetit se basa en ella para trazar una división entre la Francia del norte —muy penetrada— y la Francia del sur —poco penetrada—, acción del método que justifica con razones epistemológicas: “El límite no debe ser más que un medio para maximizar las discrepancias de situación, a fin de que se revelen de la forma más diferenciada posible los procesos que intervienen”.¹¹¹ Desde luego, manipulaciones como ésta son problemáticas, ya que fuerzan las conclusiones y eliminan, virtualmente, cualquier posibilidad de réplica.

Por lo que hace al método del análisis de regresión, Lepetit afirma que el empleo del mismo viene a punto cuando se trata de refutar “hipótesis” formuladas por observadores del pasado, como el caso que propuso en 1834, Charles Dupin, un “ardiente promotor de las cajas de ahorro”.¹¹² Sin embargo, en palabras del mismo Lepetit, Dupin no creó una hipótesis, más bien, realizó un cálculo —de las diferencias regionales y sociales en la difusión de la nueva institución financiera—,¹¹³ nuestro autor persiste en llamar hipótesis al siguiente párrafo, en el cual Dupin se limita a exponer la relación que ha detectado entre la difusión de las cajas, la urbanización y el nivel de desarrollo de las ciudades:

110. *Ibid.* p. 76

111. *Ibid.*

112. *Ibid.* pp. 77-78

113. *Ibid.* p. 78

105. *Ibid.*, pp. 56 y 66-67

106. *Ibid.*, pp. 68-95

107. *Ibid.* p. 59

108. *Ibid.* p. 72

109. *Ibid.* p. 70

Para un observador atento, es evidente que la mayor parte de las cabeceras de departamento y de distritos que todavía no tienen el servicio, presentan dificultades locales que las además no tienen. La propuesta de ley que hemos examinado nos facilitará salvar este tipo de obstáculos. En todas partes tendrá resultados benéficos para ayudar a las localidades necesitadas, a las poblaciones trabajadoras y poco ricas en las que el anorro es todavía más deseable que en las ciudades opulentas o en las zonas fértiles del campo.¹¹⁴

Lepetit nos introduce en la polémica.

A mi entender, se ve bien el peligro y el interés de las reflexiones de este tipo (es decir, del tipo de las de Dupin). La penetración de las libretas de ahorro presenta para la Monarquía de Julio diferencias notables. Pero atribuir esas discrepancias sólo a las variaciones de las tasas de urbanización o a los niveles de desarrollo social, en gran medida, nuestro proyecto. Ante todo, modifica el ángulo de ataque de las preguntas: recordemos que no se trata de que entendamos, por un sistema de correlaciones, las causas de la existencia de una caja, sino de que determinemos las modalidades de un proceso de difusión. No se trata de comprender una estática, sino de captar una dinámica. Para ser más radical, esto impugna, en rigor, la justificación de esta empresa. Una correlación perfecta entre el número de cajas, la importancia de la población de las ciudades y la riqueza del parafinamiento no dejaría lugar alguno a discrepancias de funcionamiento de las redes. Estas irían de manera simpat, y las diferencias regionales en la intensidad de las relaciones sociales explicarían que los entornos también son distintos. Se hace urgente examinar la pertinencia de la “hipótesis Dupin”.¹¹⁵

El propio Lepetit declara que Dupin, antes que erendir una hipótesis, ofrece un cálculo, un material

didáctico que sería discutido en el seno de la Cámara de Diputados. Pero, dejando esto aparte, lo cierto es que Lepetit asume la postura, tan curiosa, de reprochar a Dupin el no haber observado una variable: la de las “discrepancias de funcionamiento de las redes”, primordial en una “hipótesis dinámica”. No obstante, luego de “modificar el planteamiento” de Dupin, Lepetit aplica el método del análisis de regresión —en el departamento del Sena, para los años 1840 y 1841— y encuentra que sus interpretaciones son, de hecho, consistentes con el cálculo de Dupin.¹¹⁶ Podríamos aducir como explicación de este hecho, que a Lepetit le fascina hacer notar cómo los “residuos” del análisis constituyen, en última instancia, una excepción a la regla que, en su opinión, Dupin fija en el extracto citado, y tal excepción residual le basta para atraer la atención sobre una variable específica que de cuenta de las desigualdades, esto es, la variable descubierta por el análisis de los procesos de funcionamiento de las redes y de la difusión y cuya pertinencia metodológica intenta confirmar dibujando un mapa.¹¹⁷

Cuando afirma que reflexiones como las de Dupin son “peligrosas”, tal vez quiera decir con ello: son peligrosas en tanto que amenazan la probabilidad de hipótesis como la mía. Seamos francos: Lepetit exagera, distorsiona el sentido de las frases de Dupin y de paso, le achaca intenciones que jamás abrigó —porque no podía abrigarlas—. Vamos, Lepetit mismo lo expresa: “No se trata de comprender una estática, sino de captar una dinámica”, es decir, no se trata de emular a Dupin en lo que éste, según lo piensa, ejecutó, sino de emular al historia-

114. Citado en las ciudades..., op. cit.

115. *Ibid.*

116. *Ibid.*, p. 80

117. *Ibid.*, p. 81.

dor de los sistemas urbanos en la utilización de herramientas estadísticas que no existían hace ciento sesenta años

Queda claro, pues, que si las dos maneras de abordar la realidad son a tal extremo desparejas, no hay punto de discusión posible. Dado que los intereses son radicalmente distintos para cada observador, no extraña la disparidad entre los elementos con los que cada uno informó sus respectivas observaciones. Finalmente, valga añadir, que Lepetit se precipita cuando acusa a Dupin de querer establecer una “correlación perfecta” entre el número de las cajas, la importancia de la población de las ciudades y la riqueza departamental; una correlación no se da por grados de perfección, sino de validez y pertinencia.

¿Cuál es el testimonio cumbre obtenido por el análisis de los procesos de difusión de la innovación? A principios del siglo XIX, el espacio francés no es ya “homogéneo”;¹¹⁸ Lepetit ilustra el hecho citando una oposición entre la “red urbana” del Norte y el “andamiaje urbano” del Sur; aduce una permanencia del “arcaísmo” en el Sur para razonar sobre los motivos de su atraso:

No es casual, sin duda, que las ciudades sin actividad dominante y, por tanto, relativamente mal aparejadas en el plano económico y administrativo sean también las menos propicias para la creación de una caja de ahorro. Las ciudades del Sur pertenecen aún a un espacio estático en el que los desniveles son más bien función del número de servicios fijos que de la intensidad de los flujos de relación. En este caso, la expresión de andamiaje urbano es apropiada. En el norte, la red urbana tenía ya un significado. El carácter acumulativo

118. *Ibid.*, p. 94.

119. *Ibid.*, p. 95.

120. En las ciudades... *op. cit.*, pp. 96-109.

*de los procesos innovadores hace de esta diferencia algo más que una discrepancia cualitativa. Se trata de una discrepancia de estructura. Unificado, el espacio nacional de este fin de época preindustrial es también un espacio de los funcionamiento diferenciados, impregnado de los desequilibrios futuros del desarrollo regional.*¹¹⁹

Subrayando el aserto de que todo fenómeno urbano se inscribe en la duración, nuestro autor redacta: “La apropiación del espacio urbano: la formación del valor en la ciudad moderna (siglos XVI-XIX)”¹²⁰ tras completar una investigación en la escala de las familias y los grupos sociales que gestionan su espacio. Combatiendo a los modos de explicación cargados de ideología, en una vena teorizante que recuerda a los propugnadores italianos de la microhistoria, Lepetit asevera que en la Venecia del siglo XVII las prácticas sociales muestran cómo el territorio urbano es “un lugar de formación y acumulación del valor”.¹²¹ Un análisis documental del sistema fiscal veneciano permite regular la escala de observación; gracias a ello, se hacen visibles algunos “desniveles de la superficie económica” que conducen al rechazo del “esquema anular” generalmente utilizado por la economía y la geografía para estudiar los problemas del consumo en las sociedades industriales y preindustriales.¹²² Ahora, un modelo así, neoclásico, da por supuesto un estado de competencia perfecta en el cual, y sólo en él, las personas pueden acceder a la posesión y uso del suelo, generando, de este modo, una situación de equilibrio que determina que en el centro de la ciudad la elasticidad de la oferta y la demanda sea menor que en la periferia,¹²³ por tanto,

121. *Ibid.*, p. 96.

122. *Ibid.*, pp. 97-98.

123. *Ibid.*, p. 98.

resulta inaceptable para Lepetit, pues no puede concebir ningún desfase elemental que permita a los ciudadanos construir la cadena interpretativa respecto de su ciudad; de esta suerte, el desplazamiento teórico va del viejo paradigma walrasiano del comportamiento económico a un nuevo paradigma que toma en cuenta las posibilidades de acción libre, indeterminada, por parte del individuo —además, el viejo paradigma del equilibrio no resiste los cambios de escala—.¹²⁴

Atestiguamos, entonces, una “inversión de la perspectiva” que facilita la explicación histórica. Acordando con Giovanni Levi que los niveles de racionalidad son tan heterogéneos, como diferentes las situaciones de los grupos que forman la comunidad, predicción de una variedad enorme en los comportamientos a seguir por cada uno de los actores sociales. Lepetit da por cierto que las decisiones económicas de los individuos responden a una lógica especial, manifestada en estrategias conductuales que el modelo concéntrico, rígido de funcionalismo, nunca pudo discriminar.¹²⁵

El objetivo ahora consistirá en explicar por qué, de acuerdo con la documentación que nuestro autor analiza, los precios de un par de terrenos de área similar, situados uno al lado del otro, oscilan tanto en la Venecia del siglo XVI. Este problema es el mismo que se plantea Giovanni Levi en su libro *La herencia inmateria-*

124. Sobre este desplazamiento teórico se pueden consultar los siguientes textos: Bockès, Ferre, “El nuevo paradigma económico y la historia”, en Lepetit et al., *op. cit.*, pp. 57-78, y Temin, Peter, “El futuro de una nueva historia económica”, en Temin (compilación) *op. cit.*, pp. 477-497. El “paradigma walrasiano” a que hacemos mención se llama así en honor al economista francés Marie-Esprit-Léon Walras (1834-1910), quien aplicó técnicas para resolver sistemas de ecuaciones simultáneas tomadas de la mecánica clásica al campo de la economía.

125. Lepetit, “La apropiación de espacio urbano...”, *loc. cit.*, pp. 98-

terial, a propósito de las transacciones de tierras entre las familias emparentadas del pueblo de Santena (en el Piamonte) durante el siglo XVII.¹²⁶ Y como lo hizo Levi en su momento, Lepetit comienza por escoger un modelo de explicación adecuado: se trata del modelo de la “economía del bazar” inventado por el antropólogo Clifford Geertz quien lo aplicó, originalmente, en investigaciones de campo relativas a los mecanismos de reciprocidad social que traman la convivencia diaria en dos pueblos de Indonesia.¹²⁷

Si Lepetit decidió escribir este ensayo sobre apropiaciones y formaciones de valor, lo hizo, en gran medida, a causa de la impresión que le generó el “experimento historiográfico” de su colega italiano (recordemos: para Levi la *microhistoria* es, esencialmente, una “práctica” no definible en relación con las dimensiones de sus objetos, sino con las peripecias de la reconstrucción histórica que el historiador relata concienzudamente a su lector, y si sus resultados aparecen difíciles de validar, ello se debe a la concepción negativa que muchos historiadores contemporáneos se hacen del modo narrativo de exposición, contrapuesto a modos más “formales”, esto es, supuestamente—, más “científicos”).¹²⁸ Empero, cuando Lepetit se dispone a comentar, sin evitar los elogios, la obra de Levi, cae otra vez en el descuido de la filosofía de la lógica, pues afirma que Levi ha puesto a prueba una hipó-

99. Véase también Levi, “Sobre *microhistoria*”, *loc. cit.*, pp. 132-133, y Aguirre Roas, Carlos y Patricia Nettel, “Entrevista con Giovanni Levi: La *microhistoria* italiana”, en *La Jornada Semanal*, México, DF, núm. 283, 13 de noviembre de 1994, pp. 31-37 (especialmente páginas 36-37).

126. Levi, Giovanni, *La herencia inmateria. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Nerea, Madrid, 1990.

127. Geertz, Clifford, *Peddlers and Princesses: Social Development and Economic Change in Two Indonesian Towns*, Chicago, 1953.

128. Cf. Levi, “Sobre *microhistoria*”, *loc. cit.*

tesis, la de la “economía del bazar”.¹²⁹ ¿No nos había hablado antes de un modelo? ¿Qué ha pasado? ¿Acaso Lepetit consideraba que hipótesis y modelo eran conceptos epistemológicos equivalentes? Pero ¿qué entenderá Clifford Geertz por modelo? Si tomamos en cuenta que Geertz es el máximo representante de la escuela de antropología interpretativa, y si la lectura de sus obras nos percatamos de la comprensión que se hace del valor de la teoría para la descripción etnográfica,¹³⁰ podemos asegurar que él, propiamente, no establece ningún modelo, sino que *otras han encontrado un modelo* en sus textos de interpretación de ciertos sistemas sociales —como el que implica la pasión por apostar en las peleas de gallos entre los balineses, por ejemplo—;¹³¹ si esto es así, entonces Levi, quizá, proyectó los análisis que conforman *La herencia inmaterial* tomando al sistema descrito por Geertz —o por cualquier otro antropólogo social— como un modelo para entender otro sistema: el que siguen los parientes que contratan en una transacción de tierras en Santena en el siglo XVII. Pero si, como ya lo hemos dicho y repetido, en microhistoria se da una gran importancia a la evaluación de indicios,¹³² entonces nada más probable que Levi entendiera por modelo un “asistente interpretativo”, por así categorizarlo, que facilitó el trabajo analítico y de comparación, prestando un valor heurístico al sistema descubierto por Geertz

Como sea, lo indudable es que Lepetit convierte a un modelo en una hipótesis cuando no debió de hacerlo. Según él, trataba de probar si los precios, cuando oscilan increíblemente, están determinados por aspectos singulares de una reciprocidad social que se practica sistemáticamente. Escribe:

La hipótesis, que yo sepa, no ha dado lugar a una tentativa de verificación sobre un terreno urbano, si bien ha permitido explicar la variabilidad extrema, y aparentemente arbitraria, del precio de las tierras agrícolas en el Piemonte [] En el pueblo de Santena [] el precio de un jornal de tierra de labor oscila entre 20 y 500 liras, sin que intervengan en éste la calidad de la tierra, el tamaño de las parcelas o el cultivo a que están destinadas. La relación social que existe entre los contratantes, en cambio, es determinante. La demostración de Giovanni Levi constituye un ejemplo excelente de cómo proceder con una prueba de hipótesis. Comprende cuatro etapas: 1) suponer que las formas de la reciprocidad varían (como había permitido establecerlo una etapa previa de la investigación) según si se ejerce entre parientes, vecinos o extraños; 2) situar así la distancia social, más fácilmente caracterizable, en posición de variable explicativa y constituir grupos distintos entre sí sobre este criterio; 3) igualar todas las demás condiciones del experimento, en particular aquellas que afectan al bien que es objeto de intercambio, subrayando la uniformidad de las características económicas, naturales y jurídicas del suelo; 4) poner a prueba los efectos de la variable social aislada. La hipótesis inicial supera victoriosamente la prueba, si no la contradice la manipulación razonada de las observaciones empíricas.”³³

global de Geertz se pueden hallar en Pecora Vincent P., “The Limits of Local Knowledge”, en Veeger, H. Aram (edtor), *The New Historicism*, Routledge, New York & London, 1989, pp. 224-272.

¹³¹ Geertz, “Juego profundo: notas sobre la vida de gallos en Bali”, en *La interpretación de las culturas*, op. cit., pp. 339-372.

¹³² Véase nota 31.

¹³³ Lepetit, “La apropiación del espacio urbano”, loc. cit., en pp. 100-101.

Esa “primera etapa” de la prueba, en nuestra opinión, delata una mala comprensión del proceso de una investigación científica y revela hasta qué grado Lepetit era capaz de “tantear” entre los significados de los términos. En realidad, el hecho de que “las formas de la reciprocidad varían (como había permitido establecerlo una etapa previa de la investigación), según si se ejerce entre parientes, vecinos o extraños” no se “supone”, como dice él, sino que se *observa*; y si alguien nos objetara que con lo dicho entre paréntesis Lepetit se está refiriendo, justamente, a una observación preliminar que marcaría el arranque de la prueba, le podemos contestar: un hecho observado se establece como tal hecho, y no como una suposición; el científico jamás supone que ha observado un hecho, la observación ocurre o deja de ocurrir, pero cuando un hecho ha sido establecido, entonces a partir de él, y sólo a partir de él, avanza el razonamiento que justifica a los supuestos. Y como suponer es invocar condicionales, se sigue que sólo por la mediación de supuestos justificados por la observación de un hecho es formulable una hipótesis. Por ello, si hemos destacado correctamente que se confunde, parece que Lepetit, en última instancia, hace de su hipótesis uno de los “pasos” de su propia verificación, con lo cual se aproxima a una petición de principio. Veamos, si no, la síntesis que propone:

En efecto, si consideramos sucesivamente los precios practicados entre parientes, entre vecinos y entre extraños, se observa que estos precios bajan conforme la transacción se hace

¹³⁴ Ibid., p. 101.

¹³⁵ Ibid.

¹³⁶ Ibid., p. 103.

¹³⁷ Ibid.

entre personas cada vez más extrañas entre sí y su nivel se homogeneiza dentro de cada uno de los tres grupos. Las complejas relaciones de reciprocidad social, en las que se insertan las transacciones de tierra en el mercado, del que forman tan sólo una parte, explican esta correlación cuyo sentido es inesperado.”³⁴

Con todo, creemos definitivo que Lepetit entendió perfectamente un punto básico en la investigación de Levi: los miembros de una comunidad como la de Santena se conducen estratégicamente para protegerse contra las dificultades del momento y en previsión de las que están por venir. Para ellos, “la calidad del bien y el beneficio máximo importan menos que la calidad de los impactos en la transacción y la obtención de una utilidad social máxima”.³⁵

Aoarte de esto, Lepetit piensa no obstante que en el estudio de una situación urbana el “sistema explicativo” de Levi —como lo denomina esta vez— no funcionará, puesto que la observación de los “desniveles espaciales” en el espacio ciudadano dificultan gravemente la sanción *ceteris paribus*, imprescindible en el razonamiento de probabilidades, para reconocer las diversas maneras en que las formas urbanas se vuelven “prisión para una fracción del pasado”.³⁶ —no olvidemos que en la teoría de Lepetit, la morfología del territorio urbano, en este caso el “territorio económico” de la ciudad, según especifica, dura más que los principios que la explican en épocas sucesivas distintas—.³⁷

Si guiendo al sociólogo Maurice Halbwachs,³⁸ nuestro historiador asienta que el valor —nace de la

¹³⁸ Nacido en Francia. Sobre él, véase Burke, *Historia y crítica social*, op. cit., pp. 27-28. Lepetit, “La apropiación del espacio urbano”, loc. cit., p. 105.

morfología". Esto significa que el investigador debe de localizar y describir a los inmuebles en el seno de y en relación con un "sistema de valores establecido a escala de toda la ciudad"¹³⁹ Así, un conjunto de valores distribuido espacialmente da origen al valor de "situaciones determinadas".¹⁴⁰ Para Lepetit, la situación "basta" como variable explicativa; sin embargo, interpreta que el sistema de valores es "movible", lo cual "reintroduce las variables sociales"; de éstas, la más importante es la de los especuladores, los cuales, aprovechando el estado de la opinión general en un momento dado, hacen que los precios de las propiedades varíen con cada transacción.¹⁴¹

¿Cómo se forma la opinión general? En la explicación de Lepetit, los paradigmas de auto-organización y de las convenciones constituyen los principales instrumentos analíticos. El paradigma de la auto organización hace percibir comportamientos generalizados que recuerdan a las explosiones colectivas de pánico. En estas situaciones, como se sabe, la imitación es la regla: cada quien hace lo que ve hacer al vecino; es, en la expresión de Lepetit, la forma que asume la racionalidad en coyunturas de crisis económica.¹⁴²

En cuanto al paradigma de las convenciones, se refiere a las incitaciones que obligan a los ciudadanos a intervenir en el mercado y desplazarlo en el espacio urbano. Aunque tales convenciones no son perennes, actúan en el contexto de un "mapa inmobiliario" cuya existencia las trasciende.¹⁴³ Pero,

si de hecho estas convenciones llegan siempre a un final, Lepetit argumenta que ello depende de una modificación en los comportamientos cuando la sociedad se ve confrontada con:

*límites por debajo de los cuales desaparecen las condiciones mínimas de una sociabilidad satisfactoria, y por debajo de los cuales la imagen social del lugar de residencia se degrada de forma intolerable y provoca un cambio de hábitat, desencadenando un proceso de desvalorización territorial que se expresará lo mismo en términos simbólicos que en términos contables: en un grupo de pares, en una situación de incertidumbre en cuanto al valor del banno basta que uno cambie de lugar de residencia, y en seguida siguen otros*¹⁴⁴

He aquí, nuevamente, una reflexión basada en la "metáfora ecológica" que ya había utilizado en el ensayo sobre "la pequeña ciudad francesa a principios del siglo XIX".¹⁴⁵ Mas, como en este penúltimo texto de la colección que venimos revisando no nos parece crítica la elaboración de analogías que nuestro autor justifica con esa metáfora, despleguemos un colofón para nuestra tarea ojeando brevemente "El tiempo de las ciudades".¹⁴⁶

Texto valiosísimo para la teoría de la historia de los sistemas urbanos, que integró las ideas metodológicas y epistemológicas que afectaron más hondamente la historiografía de Lepetit, brindándole sus características inconfundibles. Por lo que hace al método —como ya hemos tenido ocasión de ver—, Lepetit lo declara constructivo cuando rinde tipo

gias de los modos de ensamblaje dinámico entre las formas y los usos de la ciudad. Contra un funcionalismo simplista, contra una semiología urbana que no es capaz de analizar cabalmente el problema de las "reducciones semánticas",¹⁴⁷ la creación de una metodología rectificada, según los parámetros analíticos de una epistemología constructivista, es la única que puede responder a preguntas como estas:

*¿Cuáles son en condiciones históricas particulares las formas susceptibles de usos múltiples y cuáles no lo son? ¿Existen usos sociales de la ciudad o de segmentos de ella que suponen una forma única y otros que se adaptan a configuraciones variables? ¿Cuáles son las asociaciones forma-uso susceptibles de adaptaciones sucesivas, y cuáles las que inducirán a mutaciones violentas?*¹⁴⁸

Pero las soluciones alcanzadas serán probables sólo mediando una ceñida vigilancia en la aplicación de los principios teóricos.

Ya hemos tenido ocasión de ver las reflexiones de Lepetit sobre estos puntos cruciales; asimismo, sabemos lo que para él significaba "historiar totalmente" —dámóslo así— lo relativo a los sistemas urbanos: un esfuerzo por aclarar las "modalidades de situación del pasado en el presente"¹⁴⁹ y un constante refinamiento de las propuestas epistemológicas tendientes a reducir "la dicotomía entre morfología urbana y los usos sociales".¹⁵⁰

La ciudad no tiene jamás sincronía consigo misma: la trama urbana, el comportamiento de sus habitantes, las políti-

147. *Ibid.*, p. 114.

148. *Ibid.*, p. 113.

149. *Ibid.*, p. 115.

150. *Ibid.*, pp. 114.

151. *Ibid.*, pp. 114-115.

cas de gestación urbanística económica o social, se desdibujan de acuerdo a cronologías diferentes. Al mismo tiempo sin embargo la ciudad está toda ella en presente. O mejor dicho, la sitúan en presente los actores sociales sobre las que descansa la carga temporal.¹⁵¹

En el futuro, dentro o fuera de la academia y de los comités editoriales de revistas especializadas, quienes se entregue a críticos pensamientos como éste se hallará celebrando el éxito con el que Lepetit y su obra eluden el olvido.

Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos y Patricia Nettek (1994). "Entre esta con Giovanni Levi. La microhistoria italiana." En *La Jornada Semanal*, México, DF, num. 283, 13 de noviembre, pp. 31-37.
- APPADURAI, Arjun (editor) (1991). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: CONACULTA-Gribo (Colección Los Noventa).
- BARTH, Fredrik (editor) (1978). *Scale and Social Organization*. Oslo, Bergen: Tromsø.
- BENTLEY, Michael (editor) (1997). *Companion to Historiography*. London & New York: Routledge.
- BOURDIEU, Pierre (1999). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI, 2ª edición.
- Jean-Claude Chamoredon y Jean-Claude Passeron (1999). *El oficio de sociólogo*. México: Siglo XXI, 2ª ed. Con
- BRAUDEL, Fernand (1989). *La historia y las ciencias sociales*. México: Alianza Editorial.
- (1991). *Escritos sobre historia*. México: PCE.
- (1993). *La identidad de Francia*, vol. 1, "Espacio geográfico e historia". Barcelona: Gedisa.
- BURKE, Peter (1987). *Sociología e historia*. Madrid: Alianza Editorial (editor) (1993). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Universidad.
- (1993). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.

139. Lepetit, "La apropiación del espacio", *loc. cit.*, p. 105.

140. *Ibid.*, pp. 104-105.

141. *Ibid.*, pp. 105-106.

142. *Ibid.*, pp. 107-108.

143. *Ibid.*, p. 108.

144. *Ibid.*

145. Cf. Lepetit, "En busca de la pequeña ciudad francesa a principios del siglo XIX", en *Las ciudades...*, op. cit., p. 39.

146. En *Las ciudades...*, op. cit., pp. 110-121.

- (1997). *Historia y teoría social*. México: Instituto Mora (Colección Itinerarios).
- BURGUIÈRE, André (1991). *Diccionario de ciencias históricas*. Madrid: Akal.
- CERTEAU, Michel de (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana/Departamento de Historia, 2ª edición.
- CHARTER, Roger (1985). "Texts, Symbols, and Friendliness". En *The Journal of Modern History*, Vol. 57, No. 4, December, pp. 682-695.
- (1992). *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- (1994). *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Secuencia).
- (1995). *Sociedad y escritura en la edad moderna*. México: Instituto Mora (Colección Itinerarios).
- DARTON, Robert (1982). "What is the History of Books?" en *Daedalus*, Vol. 11, No. 3, Summer, pp. 65-83.
- (1986). "The Symbolic Element in History". En *The Journal of Modern History*, Vol. 58, No. 1, March, pp. 218-234.
- (1988). "Historia intelectual y cultural". En *Historias*, México, DF, num. 19, octubre-marzo, pp. 41-56.
- DURKHEIM, Emile (1988). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- FÈVRE, Lucien (1970). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- FORMAN, Paul (1984). *Cultura en Weimar, causalidad y reona cuántica, 1918-1927*. Madrid: Alianza Universidad.
- FOUCAULT, Michel (1999). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 29ª edición.
- GERTZ, Clifford (1983). *Peddlers and Princess. Social Development and Economic Change in Two Indonesian Towns*. Chicago.
- (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- et al (1991). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México: Gedisa.
- GEYMONAT, Llaovico (1980). *Ciencia y realismo*. Barcelona: Península.
- GRZBURG, Carlo (1993). "Microhistory: Two or Three Things That I Know about it". En *Critical Inquiry*, Vol. 20, No. 1, Autumn, pp. 10-35.
- GOLDMAN, Naomi y Leonor Arfurf (1996). "Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier". En *Historias*, México, DF, num. 35, octubre-marzo, pp. 3-17.
- GORIARI, Hra de y Guillermo Zermeño (presentadores) (1996). *Historiografía francesa. Comentarios temáticos y metodológicos recientes*. México: Instituto Mora/CEMCA/CEASA/UNAM/UAH.
- HEISENBERG, Werner (1976). *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Barcelona: Ariel.
- HEMPEL, Carl (1973). *Filosofía de la ciencia natural*. Madrid: Alianza Universidad.
- HIGGERS, George (1984). *New Directions in European Historiography*. Connecticut: Wesleyan University Press, Middletown.
- KOSELLECK, Reinhart y H-G. Gaoamer (1977). *Historia y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- KUHN, Thomas (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press, 2ª edición (enlarged).
- (1977). *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Thought*. Chicago: The University of Chicago Press.
- LAKATOS, Imre (1983). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Universidad.
- LEPÉRIE, Bernard (1992). "La historia urbana en Francia. Veinte años de investigaciones". En *Secuencia*, México: Instituto Mora, num. 24, septiembre-diciembre, pp. 5-26.
- (1992). "Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina". En *ztapalapa*, México, DF, num. 26, octubre-diciembre, pp. 25-33.
- et al (1995). *Segundas jornadas Braudelianas. Historia y Ciencias Sociales*. México: Instituto Mora/UAM (ztapalapa) (Cuadernos de Secuencia).
- (1996). *Las ciudades en la Francia moderna*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Secuencia).
- LEVI, Giovanni (1990). *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVIII*. Madrid: Nerea.
- LYOTARD, Jean-François (1994). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARTÍN, Guy Bourdeleuve (1992). *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal.
- MILLER, David (compilador) (1995). *Popper. Escritos selectos*. México: FCE (Sección de obras de filosofía).
- MONOD, Jacques (1993). *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Barcelona: Paneta-De Agostini, SA.

- NOBEL, Gérard (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra-Universitat de València.
- PERUS, Françoise (compiladora) (1994). *Historia y literatura*. México: Instituto Mora (Antologías universitarias. Nuevos enfoques en ciencias sociales).
- PICHARDS, Stewart (1987). *Filosofía y sociología de la ciencia*. México: Siglo XXI.
- RICŒUR, Paul (1999). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI, 3ª edición.
- ROONEY, D. K. y J. O. Graham (1969). *Quantitative History*. Illinois: The Dorsey Press, Homewood.
- RUSSELL, Bertrand (1982). *La perspectiva científica*. Barcelona: Ariel.
- SELLERI, Franco (1986). *El debate de la teoría cuántica*. Madrid: Alianza Universidad.
- STANOVICH, Traian (1976). *French Historical Method*. The Annae
- Paradigm* (with a foreword by Fernand Braudel). Itrana & London: Cornell University Press.
- TEMN, Peter (compilador) (1984). *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*. Madrid: Alianza Universidad.
- THOMPSON, E. P. (1994). *Historia social y antropología*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Secuencia).
- TORTOLERO Villaseñor, Alejandro (compilador) (1994). *Estudios históricos*. México: UAM (ztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades, vol. 1).
- VEEGER, H. Aram (editor) (1989). *The New Historicism*. New York & London: Routledge.
- WHITE, Hayden (1987). *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.